

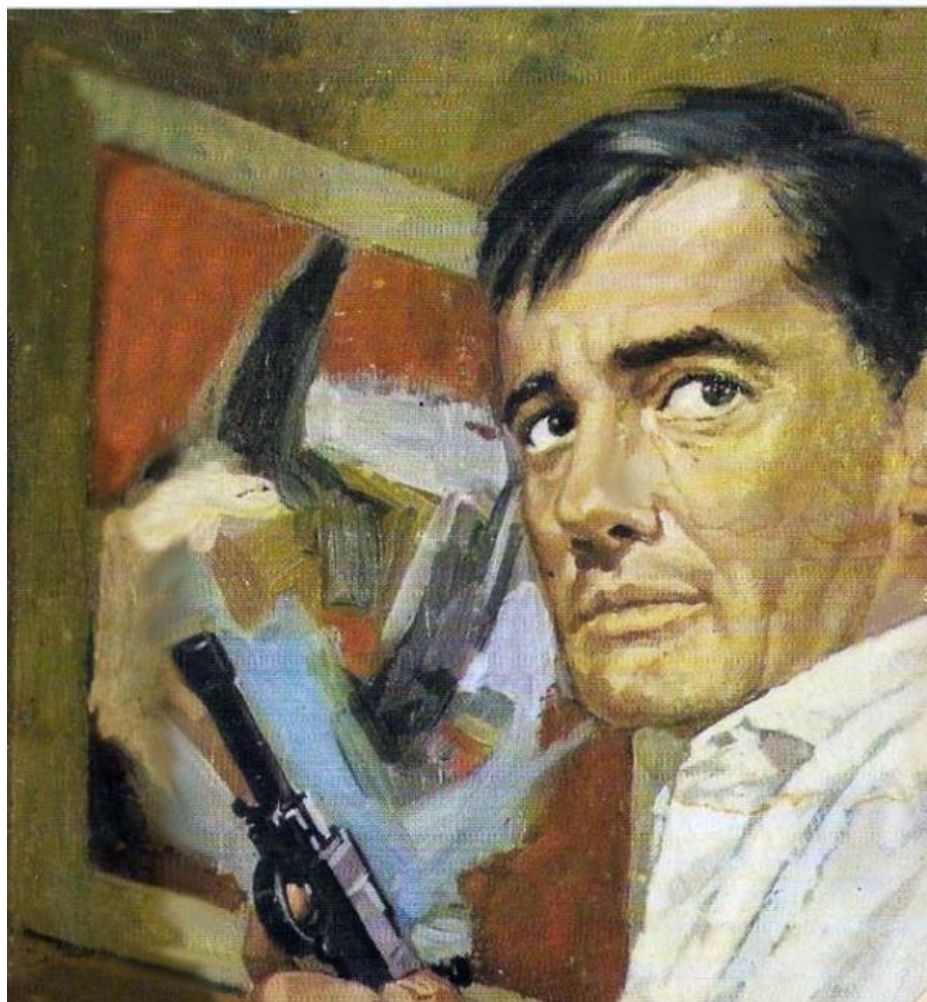
PUNTO
ROJO

la vuelta del hombre muerto

BR

burton hare

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**





BURTON HARE



LA VUELTA DEL HOMBRE MUERTO

Colección PUNTO ROJO n.º 251
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 30.628 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: febrero 1967

© BURTON HARE - 1967
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1967
sobre la cubierta

© COSTA - 1967
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

DE LOS PERIODICOS

LONDRES. 21. *La banca británica Samuel Montagu, que es el instituto más autorizado en el mercado del oro, acaba de publicar su revista anual en la que se informa sobre el balance mundial del metal amarillo en 1965. Según el citado instituto, la URSS vendió el año pasado 283 toneladas de oro, mientras que la China de Mao, efectuó por primera vez una importante compra del precioso metal; 86 toneladas exactamente. Pero la verdadera sorpresa es que la China Roja, para comprar esa cantidad de oro, pagó con preciosas divisas provocando gran asombro y desconcierto en los ambientes económicos mundiales, en los cuales se preguntan de dónde sacó Mao una cantidad tan ingente de dólares y libras esterlinas.*

PROLOGO

Era un terreno áspero, desolado e inhóspito, no muy lejos del lago Devils. Realmente, a Johnny Rugolo se le antojó tierra de diablos, antesala del infierno, y, como en el infierno, las fuerzas del mal amenazaban con destruirles si Frank Carella y Peter Brett no se daban prisa.

—¿Crees que conseguirán escapar? —susurró.

Lin Burke, taciturno y nervioso como de costumbre, gruñó:

—Solo quedan cuatro y Conrad Farrell. A menos que se echen de cabeza al río están listos... suponiendo que Frank se dé prisa.

Un seco estampido anunció que a los sitiados todavía les quedaban municiones. El aullido del proyectil al rebotar en las rocas tras las cuales se guarecían los dos miembros del grupo conocido por “Los Justicieros”, hizo que Rugolo hundiera instintivamente la cabeza entre los hombros.

—Están nerviosos —refunfuñó—. Les gustaría que respondiésemos para calcular cuántos somos...

—Malditos bastardos... podíamos haberlos cazado en San Antonio, sin ruido ni alboroto...

—Si yo no fuera tejano —murmuró Johnny—, renegaría de esa gente. La verdad es que esas autoridades provincianas, con sus politiquerías y sus tapujos, han estado a punto de facilitar la fuga de esa pandilla...

—¡Silencio!

—¿Qué pasa?

—Alguien se ha movido allí delante... he visto una sombra cruzar entre dos peñascos.

—Bueno, tienen que correr al descubierto si quieren escapar... y espero que lo intenten —terminó, acariciando el potente rifle “Marlin” que tenía entre las manos.

Lin Burke aguzó la mirada, tendido sobre las rocas y arriesgándose a que le metieran un balazo. Rugolo se deslizó silenciosamente, arrastrándose igual que una serpiente. Cuando encontró una mejor posición para el disparo se detuvo y acomodó el rifle. Instantes después descubrió la sombra en movimiento y sonrió para sí. SI pistolero intentaba escapar, seguramente para sorprenderles por la espalda, que era lo que

Carelia y Brett estaban realizando a su vez.

—Bien, amigo... te la has buscado... —susurró.

Suavemente, como si lo acariciara, tiró del disparador. El rifle emitió su ronco canto de muerte, golpeando contra su hombro. La sombra, allá delante, dio un salto al tiempo que gritaba su agonía. Después, todo quedó quieto y en silencio.

—Tres y Farrell —contó Lin Burke en voz baja.

En aquel instante, una granizada de balas arrancó esquirlas de las rocas que les protegían, mientras los innumerables disparos de las armas convertían la noche en un largo trueno.

Era un fuego rabioso, a ciegas, un escape para los nervios tensos y desesperados de los pistoleros acorralados. Rugolo, aplastado contra el suelo, se imaginó a Conrad Farrell, el supercriminal que había aterrorizado a meda nación, acurrucado en su parapeto disparando con la esperanza de matarle. Porque Johnny estaba convencido de que Farrell se dejaría matar a gusto si podía llevárselo por delante. No en vano era quien le había descubierto...

Cuando las furiosas ráfagas cesaron, masculló:

—Voy a poner más nervioso a ese pájaro, Lin.

—No hagas imprudencias. Espera a que Frank y Peter lleguen a sus espaldas.

—No voy a arriesgarme, solo a charlar un poco —refunfuñó, irguiéndose a medias. Entonces, con toda su voz, gritó—: ¡Farrell! ¿Me oyes? ¡Soy Rugolo...! ¿Qué tal te encuentras ahora?

Una nueva andanada fue la respuesta. Los proyectiles zumbaron peligrosamente cerca de su cabeza y Johnny la apretó contra la seca tierra.

De nuevo se hizo el silencio, y de nuevo gritó:

—¡Estás nervioso, hijo de perra! ¿De qué te sirven ahora todas tus riquezas?

—¡Cállate! —refunfuñó Burke, atento a los enemigos.

—Cuando pierdan la serenidad me gustará ver qué hacen. Pero me gustaría más saber qué hizo Farrell con su fortuna...

—Tal vez se la lleve al infierno...

De nuevo fueron interrumpidos por una sucesión de disparos, solo que esta vez no iban dirigidos contra ellos. Johnny exclamó:

—¡Frankie y Peter! Ahora sí que los tenemos.

El tiroteo se hizo más furioso por momentos. Los sitiados disparaban presas de la desesperación al verse perdidos sin remedio. Ahora ya sabían que estaban rodeados, cazados en una ratonera de la que no conseguirían escapar. Igualmente, sabían que los hombres que tenían en frente no les darían cuartel y ya solo querían vender sus vidas al precio más alto posible.

—¡Ahora, Johnny! —gritó Lin.

Ambos, con sus potentes rifles, abrieron un fuego graneado, incesante. Había instantes en que eran tan nutridos los disparos que semejaban un largo, interminable trueno.

Después, paulatinamente, el fuego de los pistoleros se hizo más esporádico, delatando que quedaban menos armas en liza. Hasta cierto punto, era una situación llena de patetismo la de aquellos asesinos, sabiendo que iban a morir sin apelación posible, sin remedio. Era como si sus víctimas de años y años de crímenes, vinieran ahora a pedirles cuentas, a pasarles la factura y a cobrarla de la única manera que ellos podían pagarla: muriendo.

—¡Ya basta! —rezonó Rugolo al cabo de unos instantes—. Ya no devuelven el fuego...

Sus armas enmudecieron. Las de Frank y Peter Brett todavía siguieron unos segundos más, pero también acabaron por callar. Entonces se oyó la voz de Frank Carella:

—¡Johnny!

—¡Estamos bien, Frank!

—Perfecto. Vamos a adelantarnos.

Vieron sus siluetas oscuras saltando de roca en roca. Luego desaparecieron, pero les llegó el murmullo de sus voces, hasta que Carella, en cuya voz vibraba un extraño acento, gritó:

—¡Está bien, podéis venir!

Corrieron hasta lo que había sido el último refugio de una pandilla que, no conformes con sus crímenes abominables, habían vendido su país por un puñado de dinero.

Siete cadáveres eran mudo testimonio de la larga persecución y acoso final. No obstante...

—¿Y Farrell? —exclamó Johnny, después de reconocer los cuerpos.

—No está —gruñó Carella—. Ha escapado... Hemos sido unos estúpidos.

—No lo entiendo... estaba acorralado, junto con los otros.

—Debe haberse deslizado hacia el río mientras ellos le cubrían.

—¡Maldito sea!

Johnny dio un salto por encima de las rocas y se lanzó ciegamente a la oscuridad. Tomó a todos por sorpresa, y cuando quisieron reaccionar su compañero había desaparecido.

—¡Vamos! —ordenó Carella.

Corrieron como demonios, saltando los obstáculos, sintiendo el sudor empapar sus cuerpos y escocerles en los ojos. A la luz de las estrellas fue una carrera diabólica, pero que no dio resultado.

Alcanzaron a Rugolo cuando éste llegaba a la orilla del Río Grande. Al otro lado de las turbulentas aguas estaba la frontera, y el Estado mejicano de Coahuila.

Carella masculló:

—No comprendo cómo ha podido llegar al río... debe habernos pasado rozando a Peter y a mí.

—El caso es que ha llegado, de eso no cabe duda —rezongó Johnny, jadeando a causa del cansancio—.

Porque lo que es por dónde estábamos Lin y yo puedes estar seguro que no ha pasado.

—No... su única escapatoria era el río. Ha sabido aprovecharla.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Peter Brett.

—Alguien tendrá que cruzar la frontera —refunfuñó Carella—. Aunque no tengo muchas esperanzas de cazarlo ya... ese territorio es casi desértico. Solo hay algunos pueblos pequeños y que no ofrecen seguridad alguna. Se dirigirá al sur, hacia Piedras Negras tal vez...

Los cuatro guardaron silencio. Sus miradas se perdían en la lejanía, hacia la imponente masa negra que, en el horizonte, era la Sierra del Burro, a muchas millas más allá del Río Grande.

Johnny dijo con voz ominosa:

—Iré yo. Este asunto se ha convertido en un desafío personal entre Farrell y yo mismo...

Carella le miro con la duda reflejada en sus pupilas. Pero no opuso ninguna razón para impedirselo.

—De acuerdo —dijo—. Espero que tengas suerte. Esperaremos en San Antonio hasta recibir noticias tuyas. Y si necesitas ayuda, llámanos.

Lin Burke refunfuñó:

—Es una temeridad aventurarse un hombre solo en esta empresa, Frank. Deja que acompañe a Johnny.

—Irá solo —fue la respuesta de Carella.

Ya no hubo más discusiones. Jamás se discutían las órdenes de Frank Carella y no iba a ser esa la excepción.

Cuando se separaron, la suave luz del amanecer comenzaba a barrer las estrellas de un cielo intensamente azul. Era la aurora del día 20 de abril.

* * *

La primea, noticia de Conrad Farrell la tuvieron, en su hotel de San Antonio, el día 3 de mayo, y no fue por mediación de Johnny, sino por una noticia que insertaron todos los periódicos con grandes titulares.

El asesino, el temido pistolero y, últimamente, traidor a su patria, había puesto fin a su vida en un olvidado pueblecito del Estado mejicano de Tamaulipas, a unas cien millas de Matamoros, lugar que sin duda era la meta del gran criminal.

Tanto Carella como sus dos compañeros estudiaron la información y

compararon cuantos periódicos pudieron encontrar procedentes de otras ciudades, para averiguar si en cualquiera de ellos se hacía referencia a un hombre llamado Johnny Rugolo, implicado en la muerte del criminal. Pero no pudieron hallar la menor noticia al efecto.

No les quedó más alternativa que seguir esperando.

No obstante, Peter Brett no pudo ocultar por más tiempo su inquietud.

—Esto no me gusta nada, Frank —masculló—. Farrell no era el tipo que uno espera que se suicide.

—Un criminal no es un ser como los demás. Nadie sabe cómo reaccionará en un momento determinado. Si se ha visto acorralado definitivamente puede haberse volado los sesos para huir de una vez por todas.

—Concedido, pero ¿por qué no sabemos nada de Johnny?

—En esos pueblecitos perdidos entre montañas las comunicaciones no son muy satisfactorias. No hay telégrafo y el correo funciona con lentitud. Estoy seguro que tendremos noticias tuyas de un momento a otro.

Lin Burke, que había escuchado en silencio, intervino entonces:

—¿Por qué no va alguno de nosotros a buscarlo? Es posible que se encuentre en un apuro...

—¿Y dónde piensas buscarlo? Por otra parte, quizá mientras nosotros fuéramos en su busca él estuviera en camino para regresar. ¿Cómo lo sabríamos?

—Sí, es una papeleta difícil... ¡Maldita sea! Me crispa esperar sin poder hacer nada.

Carella no replicó, entre otras razones porque también a él le ponía nervioso aquella inactiva espera, sin noticias de Rugolo y sin poder prestarle ayuda, en caso de que la necesitase.

Transcurrieron cuatro días más que convirtieron la impaciencia del principio en franca angustia. Por primera vez, Frank Carella consideró de modo formal la posibilidad de salir en busca del compañero ausente. Las noticias de los periódicos referentes a la muerte de Farrell se habían limitado a dar cuenta de que la policía rural de Méjico había decidido enterrar a Farrell sin más trámite para evitar la descomposición del cadáver.

Peter Brett comentó al respecto:

—Imagino que en ese pueblo no tienen refrigeración. Me pregunto cómo demonios habrán podido conservarle durante estos tres días...

La respuesta le llegó aquella misma noche.

Acababan de cenar en el restaurante del hotel, entre uno de los cada vez más frecuentes silencios, cuando alguien se acercó a su mesa en silencio, deteniéndose a su lado como una aparición. Lin Burke fue el primero en levantar la cabeza y casi lanzó un aullido de alegría al ver a John Rugolo plantado allí como un poste.

—¡Johnny muchacho! —exclamó Brett, levantándose de un salto.
Frank Carella sonrió.

—Estaba seguro que regresarías entero, Johnny —dijo solamente. Y añadió—: ¿Has cenado?

Hubo una sucesión de entusiastas apretones de manos, tras de lo cual el recién llegado tomó asiento con gesto cansado.

—He comido algo en un parador —dijo—. Hubo momentos en que creí que no volvería. Creo que en mi vida había andado tanto como en estos días.

—Estábamos inquietos por ti —confesó Carella—. Los periódicos publicaron el suicidio de Farrell. Pensó que podías encontrarte en apuros si tú le habías “ayudado” a tomar tan drástica decisión...

—Bueno, solo intervine indirectamente. Conseguí acorralarlo. Por otra parte, iba herido y eso debió influir en su desespero. El caso es que pudo llegar hasta un caserío en las montañas llamado Alamitos. Allí pagó a un campesino para que le curara la herida del costado... y a otro para que me impidiera llegar hasta él.

—¿Y qué?

—No pudo impedírmelo —dijo con extraña entonación—. Era un maldito tipo que manejaba el cuchillo como nadie. Espero que no encuentren su cadáver en muchos años.

Hubo un silencio. Luego, sin que tuvieran que apremiarle, Johnny prosiguió:

—Cuando llegué al caserío, Farrell estaba debilitado por la pérdida de sangre. No podía continuar huyendo. Yo estaba decidido a registrar casa por casa aunque hubiera que hacerlo a punta de pistola. No fue necesario. Oí un disparo. Cuando llegué, Farrell yacía en el suelo de una sucia cuadra y cinco o seis campesinos hicieron acto de presencia al mismo tiempo.

—¿Tuviste más dificultades?

—¿Dificultades? —exclamó Rugolo con sarcasmo—. Puede decirse que no tuve otra cosa a partir de aquel momento. Primero quisieron encerrarme hasta que llegara el policía rural desde el pueblo cabeza de distrito. Luego discutieron entre ellos si debían desarmarme o pegarme dos tiros si me resistía... En fin, no me quedó otra alternativa que aguardar al policía. Ni siquiera me dejaron acercarse al cadáver de Farrell para registrarlo, tal como era mi intención. Luego, el rural llegó. Era un tipo cómico... con más de cien kilos de peso, rechoncho y con un bigote de foca. Tampoco a él le caí bien.

—Lo importante es que Farrell pasó a mejor vida, o a peor —rió Peter Brett—, porque supongo que ahora no se encontrará muy confortable.

—Seguro. Bien, el policía me interrogó. Le conté una historia espeluznante. Solo cuando logré convencerle me dejó que viera a Farrell. Le habían limpiado la herida de la sien y estaba

bastante presentable.

—No debió estarlo por mucho tiempo, con lo caluroso que es ese terreno, y sin medios de refrigeración —opinó Lin Burke.

—Te equivocas. En el bolsillo de Farrell encontraron un fajo de billetes, de los cuales se incautó el rural, naturalmente. Ordenó traer un cargamento de hielo. ¿Te imaginas? Cuando yo lo vi, Farrell estaba materialmente envuelto en hielo, dentro de un gran ataúd de madera sin desbatar.

Hubo una sucesión de comentarios respecto a esa artimaña. Luego Johnny acabó su historia.

—Hice cuanto pude por conseguir las pertenencias de Farrell, pero todo lo que pude lograr fue que me dejaran echarles un vistazo. No llevaba nada de lo que me interesaba, o sea, algo que nos diera una pista del lugar donde escondió su dinero; mejor dicho, el dinero que no era suyo...

—Muy bien, Johnny —intervino Carella—. Lo importante es que Farrell está enterrado. No creo que salga otro capaz de ocupar su puesto, aunque el Sindicato tratará de hacerse con los negocios de él... Pero evitar eso ya no nos corresponde a nosotros.

Después de otro intercambio de opiniones, Brett quiso saber:

—¿Cuándo nos largamos de aquí, Frank? Empiezo a aburrirme.

—Mañana volveremos a Nueva York. El *viejo* estará impaciente por saber noticias nuestras.

La alusión al secretario de Justicia llamándole el *viejo* les produjo una sensación de optimismo. Todo volvía a ser como debía. De nuevo juntos, a la espera de otro caso, otra aventura que exigiera de su valor y sagacidad — un esfuerzo supremo, el supremo riesgo de exponer la vida una y otra vez...

CAPITULO PRIMERO

LOS CUERVOS SE REUNEN

Los periódicos de Nueva York fueron los que más énfasis dieron a la muerte de Conrad Farrell, no en vano la ciudad había sido su feudo hasta que “Los Justicieros” dieron al traste con su imperio criminal, persiguiéndolo implacablemente a lo largo de todo el país.

No obstante, también esos grandes rotativos se cansaron de explotar la noticia y poco a poco dejaron de hablar de Farrell, para ocuparse de otros temas de más actualidad.

Pero no todo el mundo olvidaba al “*gángster*” con tanta facilidad como los diarios. Puede decirse que el suicidio del supercriminal desencadenó una cadena de hechos que hasta poco antes de su caída hubieran sido poco menos que inimaginables.

Uno de esos hechos fue la reunión de cuatro prominentes cabecillas de la rama más activa del siniestro “Sindicato”, la vergüenza nacional de nuestro gran país.

Esos cuatro grandes del crimen bien organizado eran Milo Magano; Vincent Francino; un individuo silencioso y despiadado llamado Lintock, y el encargado de hacer que los canales suministradores de drogas no cesaran de manar, cuyo nombre era Willet.

Puede decirse sin temor a exagerar que, entre esos cuatro hombres, se repartía el más siniestro poder criminal que la mente humana pueda imaginar.

No obstante, también a sus inaccesibles alturas había llegado el alda bonazo de la muerte de Farrell.

Milo Magano, después de exponer lo que había logrado averiguar sobre el suceso del pueblecito mejicano, añadió:

—Sabemos sin lugar a dudas que Farrell llegó allá sin equipaje, a pie, herido y solo con un paquete de billetes en los bolsillos, de modo que ahora nos queda la papeleta para nosotros. Todo el dinero que acumuló en su última operación debe estar en alguna parte.

Willet, el especialista en narcóticos, refunfuñó:

—Lo importante es averiguar quién era su “contacto” con el cargamento. Fuimos unos idiotas al confiar en él.

—¿Por qué? —replicó Magano con su voz aguda—. Farrell no nos falló. Se vio acorralado... y me gustaría saber por quién. No intervinieron los federales esta vez... Pero este es otro asunto. Opino que debió esconder el dinero que le habíamos confiado. Hay que reconstruir sus pasos, buscar, buscar y buscar. Esos millones no pueden haberse esfumado.

Willet se pasó la mano por la cara en un gesto de desesperación.

—El cargamento más grande que hubiera entrado jamás —dijo con los dientes apretados—. Algo que nadie se atrevería a imaginar siquiera...

Lintock, que tenía un cigarrillo colgando en la comisura de los labios, decidió romper su mutismo y dijo:

—¿Por qué no empezáis a llorar también? Las quejas no conducen a nada. Hay algunas cosas concretas que se pueden hacer en lugar de perder el tiempo como plañideras.

Vincent Francino, un hombre de unos cincuenta años, pulcramente vestido y rasurado, pero que bajo su fachada de respetabilidad se escondía uno de los más crueles jefes del hampa que habían existido hasta la fecha, gruñó:

—Dinos algunas, muchacho. Concreta.

—Herman Toule —dijo Lintock con calma.

Los otros dieron un respingo. Magano casi se atragantó.

—Farrell no confiaba en nadie —replicó—. Toule llevaba las cuentas de Farrell, pero no creo que sepa una palabra de lo que nos interesa.

—Eso no lo sabremos hasta que se le haga hablar. Luego, se me ocurre que nadie se acuerda de Rina.

Francino hizo un gesto despectivo.

—La amante de Farrell —masculló—. ¿Crees que él hubiera confiado en esa zorra?

—Nadie habla de que confiase. Quizá ella conoce las respuestas a algunas preguntas sin saberlo siquiera.

Esa opinión no pareció entusiasmar a los demás. Magano dijo:

—Farrell esperaba recibir el cargamento el diez del mes próximo. ¿Creéis que su enlace se pondrá en contacto con nosotros, al saber que él ha muerto?

—Es posible. Pero no cabe duda que querrá cobrar al contado todo el cargamento completo, y todos sabemos que en estos momentos no podemos disponer de esos siete millones en metálico. Farrell se quedó con ellos para realizar la operación... ¿Cómo vamos a pagar, aunque el intermediario se de a conocer?

—Podríamos “forzar” a la organización para que soltara todo el dinero que fuera posible. Además, tenemos hombres disponibles —Magano miró a los demás antes de añadir—: ¿Por qué no les damos un poco de trabajo?

Una serie de “golpes” dados en los lugares donde se acumula dinero aumentarían nuestro capital inmediato.

—¿Cuántos “golpes” crees que pueden darse en menos de un mes, sin haberlos estudiado previamente? Hay que elegir los lugares donde “operar”, estudiar el terreno, las posibilidades, los días en que tienen mayor cantidad de dinero a mano, cuánta gente lo custodia y cómo, y, finalmente, trazar el plan definitivo. Eso lleva días y días. Con infinita suerte podríamos dar dos, arriesgándonos a tener un tropiezo y perderlo todo de golpe.

Lintock, que era quien había hablado, escupió el resto del cigarrillo y se colocó otro entre los labios. Lo encendió, sintiendo sobre sí las miradas de sus compinches.

Willet se puso de su parte.

—Todo eso es cierto —dijo—. ¿Habéis pensado en lo que puede producir ese cargamento? Yo sí, y no estoy dispuesto a perderlo por una precipitación en un miserable atraco.

—Tú has hecho números —rezongó Francino—. Posiblemente te hayan salido bien sobre el papel, pero ahora se trata de convertirlos en dólares...

Willet insistió:

—El cargamento vale aproximadamente siete millones de dólares. La mayor parte de la mercancía es heroína pura, de modo que una vez manipulada, en esa cantidad, podemos sacar veinte millones sin muchas dificultades. Veinte millones de un solo golpe, en buenos billetes. Cinco por barba, contando por bajo. ¿Creéis que vale la pena exponerse a dar un mal paso?

Milo Magano soltó un juramento que rebotó contra las paredes como una pelota.

—Eres un técnico con los números, Willet. Ahora, dinos cómo piensas reunir el dinero necesario para pagar esos siete millones que cuesta la operación. Si tienes la solución a este problema, sin atracar el Banco Nacional, estoy dispuesto a cederte una parte de mis cinco millones hipotéticos.

Reinó un silencio. Evidentemente, Willet no estaba en condiciones de aportar semejante solución.

De nuevo fue Lintock quien habló:

—Insisto en hacerlo a mi modo. Llevar a Toule a un lugar adecuado y obligarle a hablar. Si él nos falla, hacemos lo mismo con Rina. Farrell no era ningún fenómeno de discreción. ¿Quién nos asegura que no habló delante de ella del posible escondite del dinero, o pronunció algún nombre que pueda interesarnos ahora? Esta es la solución más rápida y que no nos costará dinero.

—¿Y si no sacamos nada de esos dos?

—Entonces ponemos en práctica todo ese complicado asunto de los

asaltos. Igualmente, podríamos exprimir a los centros de apuestas y demás, y recurrir a los muchachos de la Costa. Dándoles una participación es muy posible que estuvieran dispuestos a invertir dinero en la empresa.

—Demasiada gente al reparto —rezongó Francino.

Lintock se encogió de hombros y cerró la boca, dedicándose a fumar con la actitud de quien ya ha dicho todo cuanto pensaba decir.

Cada uno siguió defendiendo sus puntos de vista, pero cada vez con menos convicción. Media hora más tarde no habían llegado a ningún acuerdo, y la hermosa cifra expuesta por Willet se había agrandado en sus mentes hasta convertirse en el único punto de referencia, en la única meta de sus ambiciones.

Al final, nerviosos, convinieron en que les ideas de Lintock eran las más sensatas. De este modo, dos seres humanos fueron sentenciados a una muerte lenta y despiadada para obligarles a confesar algo que, con toda seguridad, ignoraban...

CAPÍTULO II

EL ASUNTO REVIVE

Era una de esas noches ideales para quedarse en casa contemplando uno de los soporíferos, programas de televisión, con su secuela de machacones anuncios. Una lluvia fina encharcaba las calles convirtiéndolas en brillantes espejos. Soplaban un viento huracanado que arremolinaba el agua haciendo inútiles los paraguas y creando brillantes fantasmas ante los haces de luz de los coches.

El autopatrulla que volvía de una misión de rutina se deslizaba con precaución hacia uno de los puentes que enlazan Manhattan con Queens. Apenas si muy de tarde en tarde se cruzaban con algún que otro vehículo de marcha tan lenta como la suya.

Los dos ocupantes de patrullero mantenían silencio, aburridos y un tanto enervados por el mal tiempo. Horace Pope, que era quien manejaba el volante, no apartaba sus ojos del chorreante parabrisas. De vez en cuando, intentaba seguir con la mirada el movimiento incesante de los limpiaparabrisas, pero pronto se cansaba de semejante juego.

A su lado, Hug Truss intentaba ver más allá del cristal de la ventanilla. Su actitud era de perfecto aburrimiento.

El coche descendió por una suave rampa que pasaba por debajo de la vía del ferrocarril. En ese trozo de calle unos jardinillos se alzaban a ambos lados. Encima del talud, más altos que la vía, parpadeaban los racimos de luz de algunos edificios invisibles.

Hug Truss se disponía a soltar un comentario dedicado a la aburrida noche cuando se enderezó vivamente en el asiento.

—¡Para! —exclamó.

Pope, instintivamente, hundió el freno antes de indagar qué sucedía. El coche se detuvo con un violento balanceo, aunque los neumáticos se deslizaron un trecho sobre el mojado asfalto.

Truss gruñó:

—Creo que he visto un tipo caído en la acera.

—¿Estás seguro?

—No, pero iré a ver...

—Te calarás hasta los huesos. Espera que haga retroceder el coche.

Puso marcha atrás y al tiempo que volvía sobre su ruta lo acercó a la

derecha de la calle.

—¡Ahí está! —exclamó Truss, abriendo la portezuela.

Saltó fuera y Pope no pudo contener un juramento al ver la lluvia que caía. No obstante, paró el motor y se apeó también, acercándose a donde estaba su compañero, junto a un oscuro bulto.

—¿Es un hombre? —preguntó.

—Seguro. Y está muerto.

—Compruébalo, no vayamos a meternos en un lío.

—No podemos hacer nada por él. Tiene un agujero de bala en la frente. Mejor será que radies el aviso mientras yo doy un vistazo por los alrededores.

—No encontrarás nada. A juzgar por la postura del cuerpo lo han arrojado desde un auto en marcha...

Pope volvió a meterse en el coche, suspirando al escapar de la lluvia. Instantes después su radioteléfono lanzaba la llamada de ayuda dando cuenta de su macabro hallazgo.

Cuando cortó la comunicación, dejando el aparato dispuesto para recibir cualquier aviso, gritó:

—¡Métete en el coche, Hug! No puedes hacer nada por el tipo, así que no vale la pena que te empapes hasta los huesos...

Pero Truss todavía empleó unos minutos en reconocer los alrededores, no obstante, acabó por correr hacia el confortable interior del coche y encendió un cigarrillo.

—Apenas he podido ver nada entre el agua y la oscuridad, pero juraría que antes de pegarle el tiro han estado golpeándole. Tiene la cara tumefacta.

—Bueno, los de la Brigada se encargarán de él. ¿Sabes lo que pienso?

—Dímelo.

—Que ha sido una suerte perra haber tropezado con ese fiambre precisamente ahora. Dentro de una hora hubiéramos salido de servicio...

—Quizá no nos entretengan mucho.

—¿Es viejo el tipo?

—Unos cuarenta años. No tiene *pinta* de pistolero.

—Deben haberlo atracado.

—No lo hubieran matado si fuera un atraco.

—Bueno, al demonio con él. Que se rompan los cascos esos sabelotodo de la Brigada.

Como si no hubiera oído el comentario de su compañero, Truss masculló:

—Tiene el aspecto de un infeliz... calvo, y una piel muy blanca. Me pregunto si tendría familia... hijos tal vez.

—¿Por qué te preocupa eso? Ya deberías haberte acostumbrado a estas cosas.

—Es algo más fuerte que yo. A menos que se trate de un pistolero conocido, cuando veo un cadáver come ese empiezo a pensar en su mujer y en sus hijos. Me da escalofríos imaginar cómo deben recibir la noticia de la muerte del padre, o el marido...

—Tú eres idiota, Hug, Yo lo único que pienso es que podría haberse hecho matar en otra parte en lugar de venir a darnos la lata a nosotros.

Hug miró de reojo a su compañero y no replicó. Reinó un prolongado silencio. Minutos más tarde llegaban los peritos de la Brigada de Homicidios, al mando de un hombre de unos treinta y cinco años llamado Gidleigh.

Los dos agentes dieron cuenta del hallazgo. El oficial les ordenó aguardar y, acercándose al cadáver, lo examinó a la luz de una potente linterna eléctrica.

Cuando se enderezó dejó el campo libre a sus hombres. Llevaba algo en la mano y buscó el cálido resguardo del coche para inspeccionarlo. Los dos patrulleros vieron que era una cartera de bolsillo de la cual salieron los documentos de un hombre llamado Herman Toule.

El teniente Gidleigh gruñó:

—Ni siquiera se han tomado la molestia de “limpiarle” los bolsillos... ¿Por qué demonios le habrán matado, después de destruirlo a golpes?

* * *

Había sido una mujer de exuberante belleza, con un cuerpo de generosas redondeces y largas piernas cuyos finos tobillos hacían pensar en las de una bailarina. Su piel había sido blanca y suave, como de terciopelo.

Solo que entonces no era ni blanca ni suave, ni el cuerpo era bello, tendido sobre la fría mesa de mármol. A los ojos del oficial de policía y el encargado de la Morgue no era más que un cadáver destrozado a golpes, con multitud de chamuscados puntitos negros, allí donde los cigarrillos habían dejado su cruel huella.

El oficial apretó las mandíbulas cuando dijo:

—Es una salvajada. Si pudiera cazar a los que han hecho eso...

El hombre de la bata blanca se encogió de hombros.

—No podría usted hacer nada. Le apuesto doble contra sencillo a que tendrían una coartada sólida como una roca. Ni siquiera podría usted tocarles un solo cabello antes que una legión de abogados hicieran su aparición exigiendo la libertad de sus pobres clientes...

—¿Cree que no lo sé? A veces pienso si nuestro sistema legal no será solo una pantalla para beneficio de las pandillas que medran a su amparo.

—Tómelo con calma. Este es un crimen de “*gángsters*”. Han torturado a la pobre chica, seguramente para obligarle a confesar algo que sin duda

ignoraba...

—¿Por qué imagina que lo ignoraba?

—Porque de haber sabido lo que le preguntaban no se hubiera dejado destrozar hasta ese extremo. Hubiera hablado mucho antes.

—Sí, es posible que tenga usted razón. ¿Dónde están sus ropas?

—Lo tengo todo en mi oficina. Ropas de alto precio, un bolso de piel que cuesta una pequeña fortuna, y no hablemos de sus prendas interiores. Hombre, me gustaría ver a mi mujer con esa clase de mosquiteras... seguro que resultaría todo un espectáculo.

—Vayamos a ver eso.

Ceñudo, el policía siguió al de la bata blanca sin escuchar sus comentarios.

Tal como había anunciado, las ropas eran costosas; las prendas íntimas de una calidad muy poco común. También el bolso era una pequeña obra maestra. Contenía un encendedor de oro, un paquete casi entero de cigarrillos, un llavero con dos llaves, los útiles de maquillaje y un billetero con treinta y un dólares. También había una tarjeta de identidad con una fotografía de la hermosa muchacha. Y su nombre completo:

“Rina Morgan”.

El policía volvió a guardarlo todo en el bolso. El encargado del depósito trajo una gran bolsa de papel amarillento y grueso y procedió a meterlo todo dentro con indiferencia.

Cuando terminó dijo:

—Si caza usted a los bastardos que han hecho eso, teniente, sacúdales una buena paliza. Eso por lo menos no podrán quitárselo sus picapleitos...

—Sí, seguro que lo haré. Si puedo cazarlos, naturalmente.

* * *

El secretario de Justicia miró a través de sus gafas a los tres hombres sentados en sendas butacas y al cuarto que permanecía de pie, erguido ante él.

—Esos dos asesinatos vienen a actualizar este asunto, Frank —dijo—. No cabe la menor duda que la muerte del contable de Farrell y de su amiguita son hechos relacionados entre sí, eslabones de una misma cadena...

—Hemos estado discutiendo esto, señor. Nuestra opinión es que deberíamos tratar de averiguar qué es lo que está sucediendo.

—Ya imaginaba que ustedes habrían estado discutiendo este asunto. ¿Qué conclusión han sacado en limpio?

—Quizá sea aventurado hablar de conclusiones —rezongó Frank Carella—. No obstante, hay que tener en cuenta que, según conseguimos

averiguar antes de acabar con la pandilla de Farrell, éste había reunido una enorme suma de dinero procedente de misteriosas fuentes. Sabemos que no se llevó ese dinero con él, de modo que debe estar escondido en alguna parte. Alguien puede haber pensado que su ex contable o su ex amiga sabían el escondrijo de la fortuna...

—Lo cual explicaría que les hubieran torturado antes de matarlos. Sí, posiblemente, esté usted en lo cierto, Frank... Alguien debe estar buscando el tesoro de Farrell.

—¿Cree usted que debemos intervenir, señor?

—Opino que sí. En cierto modo, el caso Farrell no está cerrado todavía. Únicamente deberán tener cuidado de no chocar con la policía metropolitana o los detectives de la Brigada de Homicidios de la ciudad. Ambos crímenes les pertenecen.

—Ya hemos trabajado otras veces sin rozar susceptibilidades.

—Entonces, adelante, Frank. No le oculto que sería una gran cosa encontrar esos millones, si es que existen.

—De eso no cabe duda. Nuestros informes al respecto fueron veraces.

—Está bien, no voy a discutirlo. Lo que también me intriga es el motivo por el cual Farrell recaudó una fortuna entre los jefes del hampa... Debía tratarse de un negocio en gran escala.

—Posiblemente, ahora salga a la luz también ese negocio.

—¿Qué piensa usted hacer, Frank?

Carella se encogió de hombros.

—Farrell tenía un amigo cuyo nombre es Vincent Francino. Hasta el presente, nunca ha podido ser procesado por ninguno de sus delitos. Ya sabe usted lo que ocurre; “falta de pruebas”. Pero nos consta que es uno de los más altos jefes del “Sindicato”.

—De modo que tratarán de seguirle la pista...

—Eso nos llevaría mucho tiempo, señor. Y este asunto es urgente si queremos anticiparnos a quién sea que está siguiendo las huellas de la fortuna de Farrell.

—¿Entonces...?

Carella carraspeó. En su butaca, Johnny Rugolo dejó escapar una tosecita burlona.

—No creo que le gustase saber qué es lo que vamos a hacer, señor.

El impecable secretario de Justicia parpadeó tras las gafas sin montura. Miró a los cuatro hombres uno a uno y se sintió súbitamente inquieto.

—No —dijo—; seguramente no me gustaría saberlo. Buena suerte a todos.

Hizo un leve saludo con la mano y salió de la habitación, y, minutos después, del hotel de segunda categoría donde se había reunido aquel grupo de implacables vengadores de la ley.

A fin de cuentas, por algo eran conocidos como “Los Justicieros”...

CAPITULO III

UNA CHICA LLAMADA PEGGY

Como todo “gángster” que se precie, Vincent Francino tenía también su amiguita. No puede decirse que las relaciones de la pareja fueran siempre cordiales, aunque hay que reconocer que las dificultades eran provocadas invariablemente por Francino, hombre de carácter variable, violento y cobarde. Peggy había llegado a conocer al bandido tan bien que podía adivinar su estado de ánimo con solo verle la cara.

Precisamente aquella noche, en el cabaret donde habían pasado la velada, Peggy había sabido capear el temporal que amenazaba con estallar en cualquier momento. El rostro de Vincent Francino era una máscara que no auguraba nada bueno, de modo que la muchacha hizo cuanto estuvo en su mano para evitar un estallido que, por amarga experiencia, sabía que pagaría ella al final.

Le preocupó al principio que Francino decidiese al término de la velada acompañarla a su lujoso apartamento. Cuando estaba furioso y quedaban a solas solía descargar su bilis sobre ella...

Pero, afortunadamente, cuando se disponían a abandonar el club, una providencial llamada telefónica impidió que el “gángster” pudiera dedicar el resto de la noche a demostrarle a la pobre Peggy quién era el amo de la situación, de modo que ella tomó un taxi y se encaminó a su apartamento íntimamente satisfecha de aquel respiro. Bien es verdad que él le había dicho que si podía solucionar el asunto para el cual le habían llamado iría a reunirse con ella, por tarde que fuera, pero Peggy confiaba en que el “trabajo” le mantuviera ocupado hasta el día siguiente como mínimo.

Su vivienda estaba en la décima planta de un edificio dotado de todos los adelantos modernos. Eran unos apartamentos grandes, y el de la muchacha superaba a todos los demás. El lujo que reinaba dentro de aquellas paredes habría hecho palidecer de envidia a los delirantes decoradores de Hollywood.

Allí dentro, rodeada de comodidades, Peggy sentíase otra mujer. Cuando llegó aquella noche observó que el pasillo estaba más oscuro que de costumbre. Alguna de las lámparas debía haberse fundido. Abrió la puerta y encendió la luz del *hall*. Se disponía a cerrar cuando el hombre alto se materializó a su lado como si fuera un truco de prestidigitador.

Nunca supo de dónde había salido.

El hombre alto le sonrió forzosamente.

—No se asuste —dijo—. Quiero hablar con usted.

Ella apretó los labios.

—¡Qué desfachatez! ¿Se cree que...?

El cerró la puerta y se volvió a mirarla. Entonces Peggy pudo apreciar los detalles de aquel rostro de facciones rudas, como talladas en una roca. Observó los pliegues que formaban pequeñas arrugas en las comisuras de la boca dándole un aspecto amargado. También se fijó en aquellos ojos grises que tenían tonalidades de acero, y en que era extraordinariamente alto y fuerte, casi un gigante de magníficas proporciones.

—¡Salga de aquí o armo un escándalo! —le amenazó—. Haré que le arrojen por una ventana, maldito entrometido. ¿Qué espera conseguir de mí, colándose en mi apartamento?

—De momento, hablarle. Mi nombre es Carella.

—¿Y a quién le importa cómo se llame usted? ¡Largo!

—No es usted muy hospitalaria. Vamos, entremos y póngase cómoda.

—¡Vaya cinismo! Espere y verá...

Giró sobre los talones y se precipitó al teléfono. Carella la siguió sin apresurarse, pero advirtió:

—Si realmente tiene deseos de llamar a alguien en su ayuda, llame a Francino, ¿quiere?

Ella se detuvo en seco, con el auricular en la mano.

—Si Vincent le encuentra aquí le hará pedazos.

—Correré el riesgo... Bueno, siéntese y hablemos como personas civilizadas. No voy a hacerle ningún daño.

—En toda mi vida había conocido a nadie con semejante desfachatez. Voy a pedir que suban a echarlo.

—Temo que no pueda permitírselo, Peggy. Por favor, pórtese bien y no haga las cosas más difíciles.

Ella golpeó el suelo con el pie, exasperada.

—Pero ¿qué es lo que quiere?

—Necesito hablar con Francino a solas. Sé que siempre está rodeado de sus matones a sueldo, guardándole las espaldas. Solo aquí viene solo. Muy bien, usted conseguirá que venga. Lo demás corre de mi cuenta.

—¡Está loco! ¿De veras cree que haré eso?

—Estoy seguro.

Ella soltó una corta carcajada. Pero se adivinaba que estaba nerviosa. Le inquietaba el brillo helado de aquellos ojos, y la firme seguridad de que el hombre hacía gala. Volvió a examinarlo de arriba abajo, solo para llegar a la conclusión de que jamás había conocido a un hombre de aspecto tan formidable y amenazador a un tiempo.

—¿Por qué quiere hablar con Vincent? —masculló, con menos

seguridad en su voz que hasta entonces.

—Podrá usted escuchar la conversación, Peggy, de modo que no perdamos tiempo. Llámelo.

—No me hará caso. Ni siquiera se pondrá al teléfono si está reunido con sus amigos.

—¿Qué amigos?

—No me lo pregunte. Nunca me meto en sus asuntos. Una vez que lo intenté me costó pasarme una semana encerrada aquí, aplicándome carne cruda en el ojo.

—Comprendo; la sacudió, ¿eh?

—Seguro. Y ahora volvería a hacerlo si yo fuera lo bastante idiota de atraerlo aquí.

—Me parece que le hará algo peor si no lo llama, porque entonces alguien le dirá que su chica ha pasado la noche con un hombre... conmigo.

—¡Eh, no se atreverá...!

El asintió con un gesto. Volvía a sonreír de aquella manera que daba escalofríos. Peggy advirtió que solamente sus labios sonreían. Los ojos seguían helados y amenazadores.

—Es usted un bastardo. Grande y fuerte, pero un bastardo —le espetó.

—Me han llamado cosas peores. Telefonéele. Dígale que quiere que venga aquí cuando termine su reunión... puede hacer todo el teatro que quiera para atraerlo. Solo que si dice una sola palabra más de la cuenta para ponerlo sobre aviso yo le haré algo más que amoratarte un ojo.

—¿Sabe una cosa? Después de verle estoy segura que sería capaz de golpearme...

—No quiera hacer la prueba.

Ella sacó un cigarrillo y lo encendió, meditabunda. Carella aguardó pacientemente hasta que Peggy tomo una determinación.

—Está bien, no quiero que nadie me destroce la cara. Haré lo que quiere, pero usted le dirá a Vincent que me ha obligado... ¿Lleva armas?

—Sí.

—Bueno, cuando él llegue usted estará amenazándome, ¿conforme?

—Ya pensaba hacer algo por el estilo. Le he dicho antes que no deseo causarle ningún daño. Y ahora, telefonee.

Peggy dejó el cigarrillo en un cenicero, marcó un número y después de darse a conocer preguntó por Francino.

Carella se maravilló de la veracidad de aquella voz. Quizá el miedo la obligó a representar una muy convincente comedia. Pero a Carella se le antojó que la muchacha deseaba secretamente que alguien más fuerte que Francino le diera a éste su merecido.

Después de devolver el auricular al soporte anunció:

—Vendrá, pero dice que tardará por lo menos una hora. Esa reunión debe ser importante.

—Seguro que lo es. Y me parece que no me costaría nada adivinar el tema del debate... Ahora siéntese donde yo pueda verla, Peggy. Lamentaría verme obligado a hacerle daño.

—¿Lo lamentaría? ¡Qué tipo!

Carella se encogió de hombros y fue a sentarse en una butaca. Peggy ocupó otra frente a él, cruzó las piernas con estudiado movimiento, proporcionándole a Carella un turbador espectáculo, pero sin conseguir impresionarle.

—¿Quiere beber algo? —le invitó con sarcasmo.

—No, gracias.

—Oiga, los polizontes no beben cuando están de servicio... ¿Es usted un apestoso poli?

—No.

—Entonces, por todos los diablos, dígame quién es usted.

—Carella.

Ella bufó, indignada.

—Por lo visto está muy satisfecho de su nombre... ¿Tiene novia?

—No.

—¿Casado?

—No.

—¿Alguna amiguita?

—Tampoco.

—No lo comprendo. ¿Qué clase de hombre es usted? ¿para qué vive?

Carella pensó que por mucho que explicara por qué vivía ella no lo entendería, de modo que se encogió de hombros y calló.

—Dígame, ¿para qué vive usted? —insistió.

—Cállese.

—Para ser un pistolero es muy susceptible. Porque usted es un pistolero, ni más ni menos.

Carella la miró. Una profunda arruga había aparecido en su frente. Peggy no pudo evitar un escalofrío al sentir aquella mirada deslizándose por su piel como un contacto físico.

—En cierto modo —masculló él—, tiene razón. Soy un pistolero. ¿Ha oído decir alguna vez que al fuego hay que combatirlo con el fuego?

—No sé de qué está hablando, pero le diré que es el pistolero más extraño de cuantos he conocido... y no son pocos.

Carella se acercó a la ventana, desde la que se divisaba un trecho de calle en la que parpadeaban infinidad de anuncios luminosos. Estuvo inmóvil unos minutos, en silencio, sintiendo en su nuca los ojos de la muchacha. Después le llegó su voz, y ya no había en ella el menor asomo de sarcasmo.

—De todos modos, empiezo a creer que vale la pena el riesgo a cambio de conocerle. ¿Piensa matar a Vincent?

Poco a poco, Carella dio la vuelta para enfrentarse con los grandes ojos oscuros de la mujer.

—¿Es eso lo que quiere que haga? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Me es indiferente. Sé cuál es mi destino. A Francino ya lo conozco; sé lo que puedo esperar de él. Si usted lo mata habrá otro en su puesto y me costará llegar a conocerlo tan bien como a Vincent.

—Ya veo... a rey muerto rey puesto.

—Otra frase —se quejó ella—. ¿Por qué no habla como los hombres que conozco? Usted ha venido a matar a Francino.

—No pensaba matarlo, a menos que él me obligue a hacerlo.

—¿Por qué?

De nuevo se quedó sin respuesta. Nerviosa, se levantó y anduvo hacia él con su armoniosa cadencia de movimientos.

—Míreme, Carella.

Sus ojos se encontraron en un mudo choque de voluntades. Ella empezó a sonreír lentamente.

—No es usted tan duro como aparenta —susurró.

—Tal vez.

—Yo podría doblegarle... hacerle descender de su pedestal hasta que quedase a mi altura...

—No diga tonterías.

—... Con solo besarle. ¿No es cierto?

Antes que pudiera responder, ella se había empinado sobre las puntas de sus pies y sus labios presionaban los del hombre con tanta fuerza como si fuera realmente su más grande anhelo.

Carella sintió lo mismo que un choque, un impacto inesperado que tensó sus nervios y alborotó el ritmo de su sangre. Luego, sin que su voluntad interviniese para nada, sujetó a la muchacha por la cintura y la apretó contra su pecho, besándola a su vez como ella quería ser besada, devolviéndole con el beso todo el fuego que ella intentaba darle.

Cuando se separaron ninguno de los dos habló. Fue Peggy quien susurró casi un minuto después.

—Me ha besado usted a mí también... pero yo estaba equivocada.

—¿Sí?

—No ha descendido hasta mi altura. Sigue en su maldito pedestal.

—Vuelve a decir tonterías.

Ella se limitó a dejar que sus pupilas siguieran prendidas de los ojos de hielo del hombre. Cuando se disponía a hablar, una llave se introdujo en la cerradura de la puerta y ambos dieron un respingo.

—¡Pronto, amenáceme! —exclamó Peggy, dejándose caer en una butaca.

Carella empuñó una potente “Magnum”, al tiempo que se oía entrar a

alguien en el apartamento. Luego, el ruido de la puerta al cerrarse, y unos pasos silenciosos sobre la gruesa alfombra. Una voz exclamó:

—¡Peggy!

Vincent Francino entró detrás de su voz. Primero rio a Peggy sentada muy rígida. Luego descubrió a Carella y casi dio un salto atrás.

—Adelante, Francino —masculló el jefe de “Los Justicieros”—. Estaba esperándole.

—¿Quién demonios es usted? Y guarde ese cañón, no me impresiona.

—Hasta ahora ha impresionado a su amor, Francino. Va a impresionarle también a usted, porque con este cañón voy a matarle.

El “gángster” vaciló como si acabase de recibir un golpe. Estaba inmóvil en el centro de la estancia, igual que petrificado. Todo asomo de color desapareció de su rostro. Aquella voz le infundía escalofríos, y la manera como hablaba...

—No tiene usted nada contra mí —balbuceó—. Nunca nos hemos visto... ni siquiera le conozco...

—Ahora podrá conocerme. Mi nombre es Carella. Frank Carella.

—¿Y qué? Sigue siendo un perfecto desconocido para mí.

—Conrad Farrell dijo lo mismo. Luego, ya no pudo decir nada más.

—¡Farrell!

Francino sintió que sus piernas le vacilaban. Como siempre que una situación escapaba a su control, su mente giró como un torbellino en busca de una escapatoria. Solo que esta vez no la halló.

—Usted —balbuceó—. Usted es quien lo persiguió...

—Ajá.

—¿Policía?

—Un policía no vendría aquí dispuesto a matarle, Francino.

—Entonces... No comprendo... ¿por qué quiere matarme?

—Podría decirle que para librar a la ciudad de un reptil apestoso, un cobarde asesino con demasiada suerte. Pero no se trata de eso ahora. Voy a volarle los sesos únicamente para evitar la competencia.

—Debe de estar loco...

—Todo el que está dispuesto a matar está más o menos loco. Usted debería saberlo.

Francino se maldijo a sí mismo por haber dejado a sus guardaespaldas en la calle, junto al coche, donde permanecerían aguardando su regreso.

—No le entiendo una maldita palabra —galleó con esfuerzo—. Si lo que quiere es dinero, dígalo de una vez y déjese de teatro. ¿Cuánto?

Carella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No lo entiende. Yo lo quiero todo.

—¿Cómo?

—Usted, y supongo que sus compinches también, están revolviendo la ciudad en busca, del capital que Farrell dejó en alguna parte. Yo también.

—¡Maldito sea! —estalló el pistolero—. ¿Qué sabe usted de eso?

—Por el momento, sé que han torturado y asesinado al contable de Farrell y a la amigueta de éste, una pobre chica llamada Rina. A ambos querían arrancarles el secreto del escondrijo... sólo que ellos no lo sabían. Eso no les salvó la vida, por supuesto.

—No... no sé una palabra que...

—Miente. Usted y sus socios fueron quienes cometieron esos crímenes. Usted y Magano, y Lintock, y Willet... Posiblemente haya algún otro cuyo nombre yo desconozca, pero eso no importa ahora. Ustedes son los gerifaltes del crimen en esta ciudad. Su influencia se extiende por varios Estados... ¡Oh, sí! Son muy poderosos... para mantener amordazada a la Ley. Afortunadamente, yo no soy la Ley. Siéntese en esa butaca, Francino.

El “gángster” se dejó caer en el asiento indicado.

Carella dio un pequeño rodeo y se colocó a sus espaldas, apoyado el largo cañón de la “Magnum” en la base del cráneo de Francino, que no pudo contener un estremecimiento.

—Ahora quieto, bastardo, mientras echo un vistazo a tus bolsillos.

Le registró, solo que no encontró ninguna pistola. Francino nunca llevaba armas. Sus pistoleros les llevaban por él.

—Muy bien —suspiró Carella—. Eso facilitará las cosas.

—¡Espere! No puede matarme como a un perro. Deme una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué?

—Puedo pagarle... tengo dinero...

—No tanto como tenía Farrell. Es la fortuna de éste lo que quiero.

—¡Pero yo no sé dónde está!

—¿Qué averiguaron con el contable?

—No sabía nada...

—¿Y la chica?

—¿Rina? Tampoco. Farrell fue más precavido que de costumbre.

—Y por eso mataron a los dos...

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? —protestó el pistolero—. Nos hubieran delatado.

—Eso puedo comprenderlo. ¿Estás seguro que no puedes facilitarme una pista del dinero?

—¡Ya le he dicho que no!

—Lo siento.

Francino se enderezó a punto de ponerse a chillar de terror.

—¡No puede matarme! —aulló—. ¡Nunca le he perjudicado...! Quédese con el dinero de Farrell, pero lárguese de aquí sin disparar...

—Me quedaré con la “pasta” de Farrell de todos modos, así que... A propósito, ¿cuánto dinero había exactamente?

Sin pensar, sin meditar, impulsado por el terror a la muerte, Francino

exclamó:

—¡Siete millones de dólares!

La cifra tomó de sorpresa a Carella. Nunca habían imaginado que la cantidad ascendiera hasta semejantes alturas.

—Un buen bocado —dijo—. ¿Cómo consiguió reunirlo?

—¿Me dejará libre si se lo cuento?

—¿Libre? Apuesto que Rina también les pidió que la dejaran vivir. Solo que no le hicieron caso.

—¿Por qué no deja de hablar de Rina? Tal vez no encuentre usted el dinero de Farrell. Quizá nosotros tampoco podamos hallarlo, en cuyo caso, ¿qué saca usted con matarme? Yo puedo pagarle..., darle todo el dinero que quiera...

—No me convences ¿Quiénes contribuyeron a crear ese capital, Francino?

Esta vez, el pistolero titubeó antes de responder.

Carella, acercándole la “Magnum” a la nuca, insistió:

—¿Quiénes?

—Los mismos que ha nombrado antes...

—Incluyéndote a ti, por supuesto.

—Sí...

—Con lo cual, la economía del grupo debe encontrarse por los suelos en la actualidad, ¿eh?

—Sí.

—¿Para qué era el dinero?

Francino giró la cabeza. Sus ojos quedaron a escasas pulgadas del negro cañón del arma y estuvo a punto de echarse atrás.

—¿Qué pretende usted? El saber todo eso no le ayudará a descubrir el dinero. Nosotros lo sabemos y de nada nos sirve...

Carella suspiró:

—Bueno —dijo—, si ya no tienes nada más que decir podemos terminar con eso ahora mismo.

Sonó el seco chasquido del seguro de la pistola al saltar. Francino comenzó a lloriquear. Gruesas gotas de sudor se deslizaban por su frente, un sudor helado que le producía escalofríos.

—¡Espere! —chilló.

—¿Por qué? ¿Tienes algo más que decirme?

La mirada de Carella tropezó con los grandes ojos de Peggy. La muchacha, sentada en su butaca, contemplaba la escena estupefacta. Sabía que Francino era un cobarde, pero jamás pudo llegar a suponer que se hundiría con tanta facilidad ante un hombre resuelto como aquel.

—Drogas —barbotó Francino—. Heroína... opio...

—Sigue.

—No sé más. Se trataba de un cargamento gigantesco que había que

pagar al contado. Farrell fue el encargado de hacerlo porque era él quien tenía los contactos con el exterior.

—¿Cuándo debía llegar ese cargamento?

—No lo sé...

—Prueba otra vez.

—¡No lo sé! —repitió, obstinado—. Le he dicho todo cuanto Farrell nos contó.

—¿Y solo con eso le confiaron siete millones en metálico?

Francino comprendió que el asunto no había terminado todavía. Aquel condenado entrometido no se daría por satisfecho hasta averiguarlo todo...

—El día diez —confesó, hundido definitivamente.

—Ahora empiezas a colaborar. ¿Qué más?

—¡Eso es todo lo que puedo decirle! ¿Cree que Farrell iba a confiarnos los detalles? Solo él conocía al enlace, y la manera cómo llegaría la droga hasta aquí y por qué medios...

—Un cargamento de siete millones es muy voluminoso. No podrían introducirlo en el falso fondo de una maleta... ¿Cómo pensaba entrarlo?

—¡No lo sé! ¿Por qué no me cree?

—¿De dónde venía el cargamento?

—De Europa.

—No te creo.

—Es lo que Farrell nos dijo...

—Francino, estás mintiendo. Ni la “Mafia” ni el “Sindicato” hubiesen pagado un céntimo por adelantado si se trataba de un cargamento europeo. Tienen buenos enlaces allí para gestionar la operación personalmente, aunque jamás con esas cantidades de droga en juego. ¿Qué es lo que ocultas, compañero?

—Nada. Créalo o no, es lo que nos dijo Farrell. Él debía realizar la operación. Lo tenía todo planeado hasta el mínimo detalle. Era un experto, ¿por qué íbamos a desconfiar de él? Lo conocíamos de toda la vida.

—Un entrañable rasgo de amistad —masculló Frank sarcástico—. Piensa en algo más que pueda interesarme, Francino, porque tu tiempo se acaba...

—¡Maldito sea! Ha dicho que si hablaba me dejaría vivir...

—No recuerdo haber dicho nada de eso, pero si realmente no tienes nada más que decirme...

—¡Le juro que no sé más!

—Bueno, entonces, levántate.

El “gángster” obedeció, creyendo firmemente que había llegado su último minuto. Vio cómo Carella guardaba la estremecedora “Magnum” en una funda especial sujeta al cinturón. Casi no dio crédito a lo que veía.

—¿Qué va a hacer? —balbuceó.

La respuesta le llegó de una manera que no pudo imaginar. Un puño

como una roca subió de alguna parte y se estrelló en su mentón con fuerza escalofriante, levantándolo del suelo como si fuera una pluma y lanzándolo al otro extremo de la habitación.

Francino supo que algún hueso se había roto, de lo contrario no era posible experimentar un dolor tan terrible. Se puso a gatas, intentando levantarse. Unas manos de acero le ayudaron dejándolo apoyado contra la pared.

—Quiero dejarte un recuerdo para que no olvides a Rina y al contable, bastardo...

Los golpes comenzaron a llover de todas partes. A Francino se le antojó que eran varios hombres a golpearle salvajemente. Era imposible que un hombre solo, por duro que fuera, pudiera pegar de aquella manera...

Estaba ciego, con los ojos tumefactos. Varios dientes bailaban dentro de su boca y el sabor de la sangre le daba náuseas. Sus piernas no le sostenían, pero seguía en pie, pegado al muro por los incesantes mazazos que se estrellaban contra las partes más vulnerables de su anatomía...

—¡Basta!

Carella detuvo el castigo. Parpadeó. Peggy estaba a su lado, mirándole con ojos brillantes y asustados.

—¡Va a matarlo! —susurró la muchacha.

Frank suspiró.

—Hubiera podido matarlo de no haber sido por usted...

Vieron cómo Francino se deslizaba a lo largo de la pared, para acabar cayendo de bruces sobre la alfombra. La sangre comenzó a mancharla allí donde quedó la cabeza...

—Lo siento —dijo Carella—. Al imaginar lo que hicieron con Rina y el contable he perdido el control.

—Lo comprendo. Rina era una buena chica.

—¿La conocía?

—Siempre fuimos amigas. Me ayudó cuando yo estuve en las últimas.

—Ya veo.

—¿Ha pensado lo que hará conmigo esa piltrafa cuando recobre el conocimiento?

—Él ha visto que yo la tenía bajo amenaza...

—Pero he presenciado su cobardía, su derrota... y su delación. Me matará para que no pueda contarles a los demás lo que he contemplado aquí.

—Comprendo... ¿Qué piensa hacer?

—Dejaré que sea usted quien piense por mí, amigo. A fin de cuentas, ha sido usted quien me ha colocado en esta situación.

—Ya discutiremos eso más tarde. De momento, la llevaré conmigo. ¿Quiere llevarse algo?

—Solo mis joyas...

Entró rápidamente en una habitación. Minutos después reapareció llevando un pequeño maletín de viaje. Carella la contempló con disgusto. Aquella era una complicación con la que no había contado... pero tampoco podía abandonar a la muchacha. El recuerdo de Rina la impulsó a salvarla.

—Vámonos.

—Estarán los gorilas de Vincent abajo, en la calle.

—¿No hay otra salida?

—Una posterior... da a un callejón. ¿Tiene coche?

—Sí, pero tendrá que andar un poco.

—Me gusta andar por la noche...

Se alejaron del edificio por un callejón en el cual se alineaban los grandes cubos de basura. Un regimiento de gatos salió disparado en todas direcciones, maullando su protesta por aquella interrupción de su festín.

—¿Adónde me lleva? —indagó la muchacha, cuando Carella la acomodó en su auto.

—No lo sé. He de pensarlo... No puede inscribirse en un hotel porque esos bastardos tienen medios de localizarla fácilmente...

—¿Entonces?

—Ya se me ocurrirá algo...

El coche se alejó calle adelante. De pronto, él gruñó:

—Hay un lugar donde estaría segura...

—¿De veras? Empiezo a dudarlo.

Él la miró de reojo. Había aparecido una extraña expresión en su rostro.

—Tengo una pequeña casa cerca de Peekskill. Allí nadie podría encontrarla...

—¡Espléndido! Me gustará vivir unos días en plenos bosques...

—La encontrará muy sucia y abandonada... Hace años que nadie vive en ella.

—¿Por qué?

El tardó en responder. Luego dijo con voz que tembló perceptiblemente:

—Allí murió mi esposa... desde entonces nadie la ha habitado.

—¡Oh!

Carella varió de rumbo y se dirigió a las montañas.

CAPITULO IV

LA SORPRESA DE JOHNNY RUGOLO

Johnny Rugolo enarcó las cejas y miró a Carella con evidente asombro.

—Francamente, no lo entiendo —dijo—. Si ya les has sacado a Francino todo lo que podía decirte, ¿para qué quieres que me encargue de darle otra “pasada”?

—No estamos seguros que me contara todo lo que sabía. Tú le acorralarás para que te revele todo cuanto sabe del enlace, del medio por el cual piensan introducir esa droga y quiénes la traen. Todo lo que tendrás que hacer es demostrarle que ya estás enterado de cuanto acabo de contarte, pero sin decirle cómo lo has averiguado, de modo que él crea que entre tú y yo no hay ninguna relación.

—De modo que Francino debe pensar que somos varios los que vamos detrás del fortunón de Farrell. ¿Es eso?

—Exactamente. De este modo le desconcertarás. Es un cobarde y estoy seguro de que para salvar su sucio pellejo te dirá todo lo que sepa, si comprende que la historia que me reveló a mí no le sirve esta vez para escapar de la muerte. No te será difícil manejarlo si consigues pillarlo sin sus gorilas.

—Ahí está la dificultad. En el piso de su chica la cosa se te dio bien, pero el caso es que no sé en qué otras ocasiones se separa de sus guardaespaldas.

—Tendrás que averiguarlo.

—Lo intentaré. Se me ocurre que sus matones no deben dormir en su mismo apartamento, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Si ellos se quedan fuera el asunto es fácil. Todo lo que tengo que hacer es introducirme en su aparta— mentó antes que él llegue y esperarlo allí.

Carella se encogió de hombros.

—No me interesa saber el método que emplearás, sino los resultados.

Johnny emitió un gruñido y salió. Se entretuvo en la acera el tiempo de encender un cigarrillo y luego echó a andar con actitud despreocupada. Pensaba en Carella y en los extraños métodos de este. También, aunque casi de manera inconsciente, acariciaba en su mente la cifra de siete

millones. Con esa cantidad había bastante para adquirir drogas suficientes con que envenenar a la mitad de la nación. Especialmente, a los adolescentes que los traficantes conseguían convertir en adeptos...

Se estremeció. Siempre que tenía que habérselas con traficantes de drogas le invadía el mismo sentimiento vengativo. Era uno de los delitos que más despreciaba.

Cuando llegó donde dejara el coche parecía un sencillo oficinista de vuelta al hogar... un hogar que no existía realmente para ninguno de los miembros del misterioso grupo conocido por "Los Justicieros".

* * *

Johnny se detuvo en el amplio pasillo. Encendió un cigarrillo como excusa para escrutar todo lo que alcanzaba la vista, incluido el principio de la escalera. Después de convencerse de que estaba solo, sacó unos delicados instrumentos y comenzó a manipular la cerradura de aquella puerta.

No tardó más de dos minutos en abrirla. Luego, se coló al interior y volvió a cerrarla por dentro.

Faltaba poco para la noche. Una luz difuminada se filtraba a través de los delicados visillos de las ventanas. Se orientó y avanzó en busca de un escondrijo en el cual esperar la llegada de Francino.

Creyó que el lugar idóneo era el dormitorio. Abrió una puerta y se introdujo dentro, disponiéndose a cerrarla otra vez, pero detuvo el movimiento a la mitad al descubrir el cuerpo caído a un lado del gran lecho.

No había visto nunca a Vincent Francino, pero juzgando por la descripción que del pistolero hiciera Carella, no dudó de que era el "gángster" quien yacía de costado sobre la alfombra. Acercándose al cuerpo, le dio la vuelta con el pie. Unos ojos desorbitados miraban al techo como si quisieran saltar fuera de las órbitas.

Inclinándose, vio también los dos agujeros que perforaban la camisa, y la sangre casi seco que la ensuciaba. Por la situación de los orificios calculó que ambas balas debían haberle destrozado el corazón.

Pensativo, estuvo mirando aquellas facciones tumefactas, ahora ya sin vida, hasta que reaccionó y decidió dar un rápido vistazo por todo el apartamento.

Mas podía haberse ahorrado el trabajo, por cuanto no consiguió encontrar nada que pudiera aportar una ayuda a aquel embrollo. Defraudado, refunfuñando maldiciones, volvió al lado del cuerpo y le tanteó los bolsillos. Excepto un buen fajo de billetes no llevaba nada más en ellos.

Por supuesto, sabía que Francino había sido un profesional del crimen, un hombre experimentado en el campo del delito, por lo cual cabía esperar que no guardase ninguna prueba comprometedora.

Estaba analizando la conveniencia de telefonear a Carella para exponerle el asunto cuando el teléfono rompió a llamar produciéndole un sobresalto. Tras una leve vacilación, lo descolgó y dijo con una especie de gruñido para disimular la voz:

—¿Sí?

—¿Hablo con Francino? ¿Vincent Francino?

Era una voz ronca, desagradable.

—Yo soy Francino —dijo, en el mismo tono.

—No sabía con cuál de ustedes entrar en negociaciones. Soy el enlace de Farrell...

Carella dio un respingo.

—Hable —pidió.

—¿Tienen el dinero? Porque ya me he enterado de que Farrell se pegó un tiro.

—Un momento, ¿cuándo vio a Farrell por última vez?

—Hace más de una semana... no lo recuerdo exactamente. Me dijo que les faltaba reunir quinientos mil más para tener la cantidad completa. Muerto él, ¿siguen interesados ustedes en el cargamento?

—Por supuesto —exclamó Frank conteniendo a duras penas su acuciante impaciencia.

—Pero ¿tienen ustedes esa cantidad?

—Casi completa.

—Sobra el casi. La tienen, ¿sí o no?

—Reuniremos el resto en veinticuatro horas. ¿Dónde podemos entregársela?

—No se preocupe por eso. Yo volveré a llamarle para concretar los detalles finales. Es una operación demasiado importante para que me atreva a correr ningún riesgo.

Johnny reflexionó a toda presión. No se le escapaba que si el hombre volvía a llamar al teléfono de Francino, cuando la policía o sus compinches hubieran descubierto el cadáver, todo lo ganado se perdería.

—Escúcheme un segundo —exclamó de repente—. No vuelva a llamarme a este teléfono, no es seguro. Las llamadas pasan por una centralita.

—Comprendo...

—Le voy a dar un número al que deberá llamar para ultimar el asunto. Estaremos allí de manera permanente, o yo mismo o alguno de mis socios. ¿Conforme?

—No veo inconveniente, mientras no haya filtraciones.

—No las habrá —aseguró Rugolo, con un largo suspiro.

Inmediatamente, le dictó el número telefónico del apartamento donde solían reunirse cuando tenían un caso entre manos. Era seguro que alguien estaría siempre a la espera de la llamada, aunque no la persona que el desconocido imaginaba.

—¿Lo ha comprendido bien? —quiso asegurarse al terminar.

—De acuerdo, lo he anotado. Reúnan el dinero para mañana noche. El cargamento está a punto de llegar. Se ha adelantado por una serie de razones que no importan ahora.

—Espléndido. Eh, un momento, ¿cómo sabremos que es usted el que llame?

—Solo yo conozco los detalles del embarque y descarga. Nadie más puede hablarles de cantidades. Además, Farrell tenía confianza en mí... ¿por qué ustedes van a ser diferentes?

Sonó un chasquido y Johnny se apresuró a colgar también. Estaba excitado y casi había olvidado el cadáver que yacía sobre la alfombra. Empezó a calcular las consecuencias que la publicidad del crimen podría traer para el incipiente contacto establecido. Decidió que por el momento era mejor dejar las cosas como estaban, de modo que abandonó el apartamento de Francino, cerrando cuidadosamente la puerta. Cuando más tiempo tardasen en descubrirlo más ventajas tendrían ellos.

CAPITULO V

CONVERSACIONES A MEDIANOCHE

—De modo que han liquidado a Francino —masculló Frank entre dientes, después de escuchar a Johnny—. ¿Estás seguro que era él?

—Su descripción encajaba. Además, tenía la cara hecha un mapa. No le trataste muy bien, Frankie.

—Ya veo... Me pregunto quién más del alto mando del “Sindicato” morderá el polvo a continuación.

—¿Tú crees que caerán otros?

—Casi lo afirmarí. Su imperio se tambalea a causa de la bancarrota en que los colocó Farrell. Imagino que a uno o dos de ellos se les ha ocurrido que sería una gran jugada resarcirse con creces... quedándose con todo el negocio. Francino me reveló que eran siete millones los que costaría el cargamento de drogas. Convirtiendo esa cantidad de veneno en infinidad de “dosis”, adulteradas como tienen por costumbre, pueden sacar cinco o seis veces esa suma sin muchas dificultades...

—Y si todo fuera para uno —rezongó Johnny—, se le habrían acabado las preocupaciones para el resto de su vida al superviviente. No está mal.

—¿Te pareció que el tipo del teléfono se tragaba tu historia?

—Seguro. ¿Por qué tenía que desconfiar? No conocía a Francino ni había oído nunca su voz. No me cabe duda que el fulano telefonará aquí mañana por la noche.

—Ojalá... Aunque habrá que estar prevenidos. Esa gente no se confía nunca. Darán incontables rodeos antes de entregar la “mercancía”. Querrán ver el dinero primero...

—Eso nos partiría por la mitad, ¿eh?

—Tal vez no...

Rugolo dio un respingo.

—No irás a decirme que tienes siete millones “pavos” disponibles para mostrarlos a esos bastardos Frankie. Incluso viniendo de ti, no me creería semejante cuento.

—Por supuesto que no tengo ese dinero. Pero quizá el *viejo* pueda proporcionarlo por unas horas.

—¿Tú crees?

—Lo intentaré.

—¿Te imaginas lo que sucedería si por desgracia llegásemos a perder ese dinero?

Carella sonrió, divertido por la idea.

—Supongo que tendríamos que emigrar precipitadamente —dijo—. Pero correremos el riesgo.

En aquel instante, Lin Burke entró, arrojó el sombrero a la percha con asombrosa puntería y fue a sentarse junto a los otros dos.

—Bueno, las cosas son más fáciles ahora — anunció.

—¿Sí?

—Muerto Farrell, la gente no tiene tanto miedo a hablar de él. Recuerdo cuando iniciamos el caso. Nadie parecía saber nada, nadie decía una palabra al respecto. Nos volvimos locos para sacar los primeros informes.

—De modo que has conseguido descorrer el velo del misterio...

—Yo no diría tanto, pero he averiguado algunas cosas sorprendentes de nuestro viejo amigo Farrell. Por ejemplo, ¿sabías que estuvo casado?

Carella se enderezó.

—¿Estás bromeando?

—Ni por asomo. Farrell se casó hace diez años. Solo que se separó de su mujer a los dos años de matrimonio... El tiempo que ella tardó en darse cuenta de que jamás podría cambiar a semejante criminal. Fue ella quien solicitó el divorcio.

—¿Quién fue esa dama? —inquirió Rugolo, interesado.

—Su nombre era Mauren Dean, aunque nadie sabe dónde vive en la actualidad.

—Okey, si nos interesa ya la encontraremos. Sigue.

—He sabido también que Farrell tenía parte en varios negocios registrados legalmente, aunque no figuraba como directivo, ni miembro del consejo de administración. No obstante, no cabe duda que los manejaba entre bastidores gracias a poseer la mayoría de capital. He confeccionado una lista de esos negocios.

—Magnífico. Habrá que investigarlos uno a uno. ¿Algo más?

—Sí, otra, faceta desconcertante de ese bastardo —gruñó Lin con una mueca—. Mantenía un auténtico cuito a la amistad.

—Ahí es donde descarrilas —exclamó Carella—. No puedo creerlo. Era un criminal nato, un hombre sin sombra de conciencia ni lealtad. Un tipo capaz de traficar con la seguridad de su país no es leal ni a su propia madre. ¿De dónde has sacado esa patraña?

—Nada de patraña —protestó Burke—. Estoy de acuerdo contigo en que era un traidor, un criminal como no han existido muchos. Pero también estoy seguro de que mis informes son ciertos.

—Está bien, veámoslos...

—Farrell tuvo un gran amigo, un tipo con el que mantuvo amistad desde su época de escuela primaria. De niños vivieron en la misma calle... Bueno, siguieron manteniendo la amistad durante toda su vida. Y lo sorprendente del caso es que Mulligan era un hombre honrado sin la menor sombra de duda.

—¿Mulligan?

—Patrick Mulligan. Estuvo empleado toda su vida en unos grandes almacenes.

—Observo que hablas de él en pasado. ¿Por qué?

—Porque Mulligan murió hace dos o tres meses. Un ataque o algo así. Farrell asistió al entierro, cargó con todos los gastos y le aseguró a la madre de su amigo que nunca carecería de nada... ¿Qué te parece?

Carella se encogió de hombros.

—Una faceta absurda de su carácter —reconoció—. ¿No has intentado averiguar su detrás de esa amistad había algo más?

—Nada en absoluto. Mulligan fue un hombre honesto. Infinidad de personas están dispuestas a jurarlo. Además, he hablado con sus vecinos, porque al principio yo también dudaba. Incluso llegué a pensar si no pudieron ser socios... pero he acabado rindiéndome a la evidencia.

—Está bien, otro callejón sin salida.

—Espera. Farrell, el día antes de que nosotros le cayéramos encima, obligándole a huir abandonándolo todo, estuvo en los muelles. Se le vio en compañía de un tipo llamado Jollop.

—Eso me parece mucho más importante que todo lo que llevas hablado. ¿Has podido averiguar quién es Jollop?

—Parece ser que es un tripulante de un buque de carga.

Frank miró a Johnny Rugolo, que escuchaba en silencio.

—¿Te parece que ese Jollop puede ser el “contacto”?

Rugolo se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe... Pero opino que si lo fuera no se entrevistarían en ningún lugar donde pudieran ser vistos, especialmente, tratándose de una partida tan gigantesca.

—Sí, es posible que tengas razón. ¿Has averiguado dónde se puede encontrar a ese Jollop?

—Embarcó, naturalmente. Su buque debe estar ahora sa alta mar.

—Eso le descarta, porque nuestro hombre está en la ciudad —rezongó Carella.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Olvidaba que tú no estás enterado de la aventura de Johnny... Te la contaré luego. Tú deberás hacer un corto viaje esta noche, Johnny...

—¿Adónde?

Carella titubeó un segundo. Luego murmuró:

—A mi casa de Peekskill.

—¿Qué?

Rugolo y Burke se miraron, estupefactos. A regañadientes, Carella explicó lo que había hecho con Peggy, la amiguita de Francino. Cuando terminó dijo:

—Es preciso que la adviertas que, ahora más que nunca, debe mantenerse oculta. Tan pronto como los restantes gerifaltes del “Sindicato” descubran que Francino está muerto, suponiendo que no lo haya matado uno de ellos, buscarán a la muchacha. Incluso si es obra de cualquiera del grupo, los demás querrán encontrar a Peggy para que les aclare lo que sepa al respecto. Deben estar enterados que ella le llamó cuando estaban reunidos... Si la chica es descubierta su vida no valdrá un centavo.

—Comprendo. ¿Eso es todo lo que quieres?

—Nada más...

—Está bien, Frank; iré esta misma noche.

—Nosotros esperaremos el regreso de Peter. Después estableceremos los turnos de guardia junto al teléfono por si llama el enlace... Y ojalá lo haga.

—No te olvides de hablar con el “viejo”, Frank. Esa gente querrá garantías antes de confiarse.

Carella asintió con un gesto. Johnny Rugolo abandonó el apartamento preguntándose qué tal sería aquella muchacha a la que Carella había decidido proteger...

* * *

No le desagradó la apariencia de Peggy. La miró, recortada por la luz interior de la vivienda, y sintió una cierta excitación ante la cálida belleza de la joven.

Ella le miraba asustada.

—Creí que era... —calló, temerosa de pronunciar el nombre.

—Vengo en nombre de Carella, no se asuste —sonrió Johnny, entrando—. Es él quien me ha encargado este viaje.

Ella cerró la puerta y se apoyó de espaldas en ella.

—¿Por qué no ha venido él?

—Tiene mucho trabajo... Siempre tiene trabajo. ¿Tiene algo de beber aquí, Peggy?

—Sí... hay licores en un armario. Debe hacer años que están ahí.

—Seguro; desde que Frank dejó de habitar esta casa... A propósito, pensé que estaría más desordenada...

—He intentado poner un poco de orden, aunque todavía queda polvo por todas partes. ¿Cuándo vendrá él?

—No lo sé.

—¿Por qué ha venido usted entonces?

Rugolo sacó una botella, llenó una copa y bebió despacio, deslizando su mirada por las turbadoras redondeces de la muchacha.

—Es usted tal como la imaginaba —dijo al fin.

—No ha respondido a mi pregunta...

—Llámemme Johnny. Carella ha querido que esté usted prevenida. No debe salir de aquí, no debe dejarse ver... El peligro a su alrededor ha aumentado con la muerte de Francino.

Ella respingó, aparcándose de la puerta.

—¿Vincent está muerto?

Su vez temblaba.

—Sí. Le han pegado dos tiros.

—¿Carella?

—No. Él lo dejó hecho una piltrafa, pero vivo. Francino pudo volver a su apartamento y allí fue donde lo mataron. Yo lo he descubierto esta misma noche.

Ella guardó silencio unos instantes.

—¿Por qué cree que ha aumentado el peligro a mi alrededor?
—quiso saber al final.

—Es lógico... Los otros matarifes de la organización de Francino querrán encontrarla por si sabe algo de la muerte de su amigo... o si éste le hizo demasiadas confidencias. Usted es el único eslabón que queda entre Francino y ellos, a menos que encuentren al criminal antes que a usted.

—Ya entiendo...

—Así que permanecerá encerrada aquí. Saldrá únicamente a últimas horas de la tarde para hacer sus compras más imprescindibles, e inmediatamente volverá a encerrarse aquí. No corra riesgos inútiles.

—Él... Carella se preocupa mucho por mí, ¿no crees?

—Siempre se preocupa por la gente amenazada... No es por usted en particular.

—Oh, comprendo.

Él la miró con el ceño fruncido. Creyó comprender lo que pasaba por la mente de la muchacha y murmuró:

—Peggy, ¿está enamorándose de Carella?

—No lo sé... Me impresionó... nunca había conocido a un hombre como él.

—Ni es probable que conozca muchos que se le parezcan... pero permítame darle un consejo, linda; olvídese de Frank en sus sueños amorosos. Tendría un terrible desengaño.

—¿Por qué? Es un hombre después de todo, y yo no soy más que una mujer.

—Pero no es un hombre corriente. Debe olvidarlo, Peggy. Nunca conseguirá nada de él.

—Ya veo... Usted piensa que él me desprecia por lo que soy... o por lo

que he sido hasta ahora al lado de Francino. ¿Es eso lo que usted quiere dar a entender?

Johnny sacudió la cabeza de un lado a otro. En cierta forma, comenzaba a simpatizar con aquella muchacha. O quizá fuera solamente lástima lo que sentía por ella. No se detuvo a analizarlo entonces.

—No se trata de eso, niña. En realidad, Frank haría lo mismo por usted que por cualquier muchacha inexperta, inocente y pura que hallara en su camino. Pero hay algo en su vida que le atenaza. No hemos podido lograr que lo olvidara hasta la fecha.

—No le entiendo...

—Mire, cuando Frank nos dijo que usted estaba en esta casa nos quedamos helados. Nadie había vuelto a entrar aquí excepto él... y una mujer vieja que de vez en cuando venía a limpiar. Desde que esa mujer también murió, ya no volvió jamás a poner los pies en lo que fue su hogar. Ni permitió que nadie entrara en la casa. Es sorprendente que la haya traído a usted aquí, Peggy, pero eso solo indica que él la cree realmente en peligro, nada más.

—Pero ¿qué misterio encierra esta casa? Por el simple hecho de que aquí muriera la esposa de un hombre no es motivo suficiente para ese comportamiento... todos los días mueren mujeres y no por eso sus maridos se encierran a cal y canto para recordarlas...

—La esposa de Frank no murió como esas mujeres a las que se refiere usted, Peggy. Llevaban seis meses de casados, viviendo en esta casa. Ella estaba encinta del primer hijo, ¿comprende? Entonces, una noche, unos forajidos a los que perseguía la policía entraron en la casa para refugiarse. Frank estaba ausente, en su despacho de abogado atendiendo un caso que debía defender el día siguiente... Total, su mujer fue asesinada. Perdió a su mujer y a su futuro hijo en manos de unos desalmados, unos criminales sádicos y cobardes. Abusaron de ella... Pareció por unos días que él iba a perder la razón. Luego, reaccionó, pero abandonó su carrera y dedicó toda su vida a perseguir el crimen en todas sus formas, allí donde apareciera, sin importarle los medios de lucha... Y esto es cuanto puedo decirle al respecto, solo para que comprenda lo que hay en la vida de Frank que le impide ser como la mayoría de hombres que usted haya conocido.

—Es espantoso... Debió sufrir terriblemente...

—Todavía le dura.

Ella le miró larga y profundamente. Tras unos instantes, hizo un gesto de desaliento y murmuró:

—Comprendo lo que ha querido decir usted.

—Así está mejor. Ahora, ¿me promete que seguirá las instrucciones al pie de la letra?

Peggy asintió. Rugolo suspiró, satisfecho.

—Permanecerá aquí todo el tiempo que sea necesario. Cuando Frank

considere que ha pasado el peligro para usted ya se lo hará saber. De momento le dejaré algún dinero, y más adelante, cuando alguno de nosotros venga a verla le traerá más. ¿Conforme?

—No sé por qué hacen eso por mí, pero creo que ha sido lo mejor que podía sucederme. Ahora tengo mucho tiempo para pensar, ¿comprende? No volveré a la vida que llevaba antes que sucediera eso... Él... Frank ha sido como un revulsivo para mí.

Rugolo sonrió. Sacó algunos billetes y los dejó sobre la mesa.

Cuando abandonó aquella casa se dijo que, tarde o temprano, Carella debería echar por la borda su pesado bagaje de recuerdos y vivir otra vez con intensidad una vida diferente al lado de una mujer.

Claro que cuando eso sucediera, “Los Justicieros” desaparecerían como tales...

La idea ni le gustó.

Capítulo VI

LAS HUELLAS DEL PASADO

Frank Carella se detuvo ante la casa y contempló el pulcro jardín, las macetas que adornaban las ventanas y los múltiples detalles que delataban un amoroso cuidado de un hogar próspero y feliz.

A la vista de todo esto, empezó a dudar de que sus canales de información hubieran sido verídicos esta vez. Finalmente, se decidió. Atravesó la acera y se introdujo al jardín cuya cerca de madera estaba abierta. El sol arrancaba una policromía de vivos colores a las flores de los arriates.

Antes que llegara a la puerta, esta se abrió y una mujer apareció en el umbral. A juzgar por su actitud se disponía a salir en aquel momento.

—Busco a la señora Maureen Dean —dijo—. Me han dicho que vive aquí.

Ella entornó los ojos. Tendría casi cuarenta años, pero conservaba una presencia deliciosa. Su rostro bello y serenamente expresivo, en el que brillaban unos ojos inteligentes, se contrajo al escuchar a aquel hombre.

—¿Quién le ha dado esta dirección? —preguntó.

—Alguien... ¿Es usted Maureen Dean?

—Soy Maureen Lemon.

—Oh, entiendo. Se volvió a casar.

—Dígame, ¿quién es usted? Hace muchos años que no utilizo mi nombre de soltera. No recuerdo a ninguna de mis amistades actuales que lo sepa siquiera...

—¿Es preciso que hablemos aquí, en el jardín, señora?

Ella titubeó. Por primera vez, apareció una mirada desconfiada en sus hermosos ojos.

—No me ha dicho quién es usted ni lo que quiere...

—Perdón; mi nombre es Carella. Quiero hablarle de su primer marido, Conrad Farrell.

—Lo imaginaba... temía que alguien apareciera aquí pronunciando ese maldito nombre. ¿Es usted policía?

—No, pero en cierta forma trabajo para un departamento del Gobierno.

—Está bien, pase. Pero no sé nada de Farrell, excepto lo que leí en los

periódicos hace días. Se suicidó, ¿no es cierto?

—Sí.

Entraron y ella cerró la puerta. Estaba rígida y alerta. Carella trató de tranquilizarla con una sonrisa. Dijo:

—Voy a ser franco con usted. Farrell dejó algo escondido cuando huyó a Méjico. Estamos tratando de encontrarlo, pero carecemos de pistas que nos guíen. Eso me ha traído a verla a usted.

—Debe existir un error, señor Carella. Nunca volví a ver a Conrad. Desde que se falló el divorcio ya no volví a ocuparme para nada de su vida. Supe, naturalmente, la clase de vida que llevaba, lo miserable que era... Todo eso fui averiguándolo a través de los artículos de Prensa, con los años... Pero a él, personalmente, nunca volví a verlo.

—Y Farrell, ¿trató de ponerse en contacto con usted en alguna ocasión?

—Nunca.

—¿Ni siquiera por carta, o por teléfono?

—De ninguna de las maneras. Yo me cuidé de que no supiera jamás mi domicilio. Luego, me casé y ahora soy feliz.

—¿Sabe su esposo que estuvo casada con Farrell?

—Por supuesto. Se lo advertí a poco de conocernos.

—Bien, creo que he perdido el tiempo. Pero era preciso, para eliminar uno de los posibles canales de informes. Gracias por su condescendencia, señora.

Volvió al coche sin experimentar demasiada contrariedad por ese fracaso. No había puesto ninguna esperanza en semejante visita, pero, tal como había dicho a la mujer, era preciso comprobar todos los caminos cara ir eliminando los que no conducían a ninguna parte.

Condujo de nuevo hacia la ciudad. Aprovechó el tiempo para seguir dándole vueltas al problema, analizando la conveniencia de enfrentarse con otro de los gerifaltes del crimen para seguir apretándoles las clavijas y sembrar la discordia entre ellos. Lo condenados ingleses, se dijo, tienen una norma política en extremo eficaz: *Divide y vencerás*. A lo largo de la historia les había dado excelentes resultados. ¿Por qué no ponerla en práctica en el mundo del hampa?

Eran las once de la mañana cuando entró en el apartamento, donde Peter Brett, al pie del teléfono, discutía con Rugolo sobre los encantos de cierta “estrella” cuya fotografía a toda página aparecía en una perista de actualidad.

Rugolo se desentendió de los generosos encantos de la dama y se enfrentó con el recién llegado.

—Frank —dijo—, tenemos un estupendo regalo del *Viejo*.

—¿Siete millones?

—No los hemos contado, pero es una auténtica montaña de billetes...

—Falsos —gruñó Frank, buscando un cigarrillo y encendiéndolo.

—¿Qué?

Brett se echó a reír. Dijo:

—Debimos haberlo imaginado, Johnny. El *Viejo* jamás hubiera puesto siete millones en buenos billetes en nuestras pecadoras manos. ¡Qué jugada, amigo!

Carella expelió el humo de sus pulmones. Sonrió también.

—En realidad, yo le pedí que reuniera esa suma en dinero falso. Si las cosas se complican no existe el riesgo de perderlo, y, por otra parte, quizá alguien se lleve una sorpresa.

—Ya veo —rezongó Johnny.

Carella cambió de tema.

—¿Qué has averiguado respecto a Willet?

—Es el más precavido del grupo. Posee un gran apartamento en el *Metropolitan Building*. Tiene una especie de sirviente que cuida de la casa, y a dos guardaespaldas que habitan el lugar permanentemente. Nunca se separan de él.

—Un tipo que sabe cuidarse, ¿eh? No importa, haremos una visita esta noche, si no nos llama nuestro “enlace”... ¿Alguna noticia de Lin?

—Todavía no.

—Está bien, regresaré más tarde. Si vuelve Lin antes que yo que me espere, y si ha de salir que deje el informe.

—Okey... pero ¿qué vas a hacer tú?

—Tratar de eliminar otra posible pista. Tal vez al final solo nos queden las que realmente tengan valor.

—O quizá no quede ninguna —opinó Peter Brett—. Se me ocurre que Farrell debió esconder su botín en un lugar que no será fácil que nadie pueda encontrar.

—Nadie nos impide intentarlo por lo menos. Hasta tanto el “enlace” no telefonee haremos cuanto esté en nuestra mano para echarle mano a todo ese montón de dinero.

Así que Carella volvió a la calle y condujo hacia Queens.

* * *

Kosciusko Street, bañada de sol, semejava una calle de cualquier ciudad provinciana. Algunos coches aparcados a lo largo de las aceras, un grupo de niños jugando en una esquina y las mujeres andando apresuradas con sus cestos de la compra.

Carella pasó junto a los chiquillos, que le miraron con interés, quizá debido a la extraordinaria presencia de aquel hombre, casi un gigante para ellos. Luego subió los peldaños del número ciento seis y consultó la lista de vecinos en el cuadro lleno de tarjetones.

Leyó el que correspondía al apartamento veintidós:

P. MILLIGAN

Ni siquiera se habían molestado en cambiarlo a pesar de la muerte de Milligan.

Subió por las escaleras. Unos segundos después de llamar a la puerta ésta se abrió y apareció una mujer anciana, de cabellos blancos y expresión cansada. Parecía que le pesaran los años.

Carella se quitó el sombrero.

—¿Señora Milligan? —preguntó.

—Sí.

—Mi nombre es Carella, Frank Carella. ¿Puedo pasar?

—No le conozco a usted. No sé qué desea...

—Solamente hablarle de Farrell.

—Oh, sí, Conrad... Entre. Fue terrible lo que sucedió con él, ¿no le parece? Pase... por aquí, señor Carella...

Este se encontró en una vivienda pulcra y ordenada. No había lujos, pero por todos los detalles se adivinaba un cuidado amoroso. Seguramente, el hogar era ya el único amor que le quedaba a la anciana.

Carella preguntó:

—¿Vive usted sola, señora?

—¿Y con quién quiere usted que viva? Mi hijo murió... tan joven...

—Tengo entendido que Farrell se portó muy bien con usted.

—Sí... es verdad, Conrad no era tan malo como la gente creía. Mi hijo siempre le estaba diciendo que debía cambiar de manera de vivir. Era inteligente, ¿sabe? Pero él no hacía caso. Luego, hace unos días...

Carella asintió. Le resultaba sorprendente que alguien pudiera hablar en semejantes términos de uno de los peores criminales que el país había padecido en muchos años.

—Naturalmente —dijo—, Farrell asistió al entierro de su hijo, ¿no es cierto, señora Milligan?

—Oh, sí. Estaba tan afectado el pobre. Él y mi pobre Pat se conocían de toda la vida... Ya iban juntos a la escuela, cuando todavía iban de pantalón corto... Después, siguieron tratándose...

—¿Volvió usted a verlo después del día del entierro?

—Claro; vino muchas veces aquí. Mi hijo ganaba un buen sueldo, pero tal como está la vida hoy día apenas si pudimos ahorrar nada... Conrad se ocupó de que no me faltase dinero... me dijo que no debería preocuparme nunca más de la casa... y pagó este apartamento por diez años... Yo no creo que llegue a vivir tanto, usted sabe... Pero él era así... Luego, me dio dinero a mí también. Lástima que siguiera un camino tan equivocado en su vida...

Carella carraspeó. Aquello, para él, no tenía sentido.

—¿Recuerda cuándo lo vio usted por última vez, señora?

—Bueno... no puedo recordarlo con exactitud, pero yo diría que una semana antes de su muerte. O quizá un poco más. Me trajo pasteles, ¿sabe? A mí me encantaban los pasteles y él estaba enterado de esta debilidad mía. También me dio algún dinero...

—¿De qué hablaron en aquella ocasión?

—No sé... de vaguedades... De Patrick sin duda. A mí me gustaba hablar de mi hijo con él. Después creo que me dijo que pronto iba a reformarse. Aseguró que estaba cansado de tantas aventuras, del riesgo... Estaba muy contento.

Carella pensó que con siete millones de dólares entre manos podía sentirse satisfecho, especialmente si contaba con que iban a convertirse en muchos más, de los cuales le quedaría un excelente bocado.

—¿No mencionó qué clase de negocios pensaba emprender?

—No... Él quería retirarse, eso es todo.

—Sí, claro. ¿No le habló de si había alquilado una casa donde retirarse a descansar?

—No. Pero él tenía un buen apartamento. ¿Por qué iba a querer otra casa?

“Para esconder siete millones”, pensó Carella. Pero en lugar de convertir en palabras sus pensamientos dijo:

—¿Sabe usted si existía un lugar donde se reuniesen Farrell y su hijo, señora?

—¿Patrick? No...

—Alguna cabaña de fin de semana o algo así. Ya sabe que hay mucha gente que le gusta irse a pasar el fin de semana en los bosques.

—Él no. Conrad era un pájaro de cuidado. No puedo imaginarlo viviendo en el campo, o en las montañas... Dígame, ¿por qué hace tantas preguntas? ¿Es usted policía?

—No, claro que no...

—¿Entonces...?

—Verá, estoy tratando de escribir unos artículos sobre Farrell, por eso me interesan los detalles de su vida privada.

—Oh, comprendo... puede usted poner que, a pesar de todo lo que se ha dicho de él, Conrad era una buena persona.

—Lo recordare por supuesto. ¿Recuerda si le habló alguna vez de sus socios?

—No, nunca...

—¿Ni de si había escondido algo en alguna parte?

—No... ¿qué fue lo que escondió?

—Era solo una pregunta. ¿Realizó algún negocio en sociedad con su hijo, señora Milligan?

—¿Negocios con mi Patrick? Usted no conocía a mi hijo... Era el

hombre más torpe que existe para los negocios. No, jamás les pasó por la cabeza esa posibilidad.

Carella dio por terminada la entrevista, reconociendo en su fuero interno que una vez más había fracasado. Era indudable que aquella anciana no sabía nada de cuanto pudiera interesarle.

Se despidió, y mientras manejaba el coche de regreso a Manhattan no cesó de pensar en la extraña conducta del pistolero. Farrell no era precisamente un tipo romántico ni aficionado a las obras de caridad. Debió apreciar mucho al tal Patrick Milligan, para decidirse a proteger a la madre de éste...

Realmente, Conrad Farrell había sido un hombre de desconcertantes facetas.

CAPITULO VII

LA LLAMADA

Los cuatro esperaban en silencio no lejos del teléfono. Una densa neblina de humo de tabaco flotaba en la atmósfera.

Lin Burke, como dando rienda suelta a lo que había estado pensando, masculló:

—Es inconcebible esa historia de Farrell. Él, un bastardo traidor y asesino, sintiéndose filántropo. Absurdo.

—No cabe duda que su amistad con Milligan es cierta. Se veían regularmente —Carella encendió otro cigarrillo y añadió—. En cuanto a su ayuda para la anciana no veo por qué ésta tenía que mentir... Dejando aparte que, si mintió, hizo una exhibición de dotes artísticos fuera de lo común.

Repentinamente, el teléfono les hizo dar un salto. Siguiendo las instrucciones recibidas de antemano, Rugolo descolgó el auricular y dijo:

—¿Quién llama?

—¿Es usted Francino?

—Sí.

—Hablé con usted respecto a cierto negocio...

—Mucha gente habla de negocios conmigo. ¿De qué clase de negocios se trata?

—Oh, vamos, déjese de tantas precauciones. Usted dijo que ese teléfono era seguro. ¿Podemos hablar con tranquilidad o no?

—Sí. Ahora sé quién es usted; reconozco su voz. ¿Está la mercancía a punto?

—Se encuentra a bordo de un viejo carguero tipo *Liberty*. Sólo esperan mis órdenes para desembarcarla.

—Muy bien, ¿dónde podemos vernos para concretar?

—¿Han reunido ustedes el total estipulado?

—Sí.

—Eso está bien. Escuche, vaya usted mismo a la esquina de Park Avenue y Treinta y ocho este. Estacione el coche frente a la tienda de joyería y espere. Lleve el dinero consigo, sólo para que yo pueda estar seguro que todo está a punto.

—Me parece bien, aunque un tanto arriesgado. ¿Por qué no viene usted a mi apartamento?

—No me conviene. Haga lo que le digo y en cuarenta y ocho horas la operación estará terminada.

—No me gusta mucho andar de un lado a otro con esa fortuna a cuestas.

El otro se echó a reír. Tenía una risa torva y desagradable.

—¿Qué le pasa, teme que le atraquen... a usted?

—Bueno, lo haré. ¿A qué hora debo estar allí?

—No más tarde de una hora a partir de ahora mismo. Y le aconsejo que ninguno de sus socios esté por los alrededores esperando seguirme cuando me vaya. No lo pasaría muy bien, ¿entiende?

—Si usted juega limpio nosotros también.

Colgó. Carella hizo lo mismo con el teléfono supletorio por el que había escuchado la conversación.

Dijo:

—Un fulano precavido. Me pregunto si estará solo esta noche.

—Yo creo que sí. Por lo que sabemos hasta ahora, es un lobo solita: o cuyo negocio estriba precisamente en servir de enlace entre los suministradores de la droga y los compradores de aquí. Y eso nos plantea otro problema... ¿de dónde puede proceder un cargamento tan enorme, Frank?

—Francino dijo que venía de Europa, pero eso es una solemne estupidez. Las organizaciones que trafican con bandas europeas tienen sus propios canales de entrada, no necesita intermediarios. Además, desde la muerte de Luciano no hay nadie capaz de organizar un dijo de tal envergadura.

—¿Entonces, qué se te ocurre? —rezongó Brett. Carella arrugó el entrecejo. Luego, tras unos instantes de silencio, dijo:

—Hace unos meses leí un artículo en un periódico. Decía que Mao Tse Tung había adquirido oro por toneladas, pagándolo con divisas, o sea, dólares y libras esterlinas. Una de las fuentes de divisas de la China roja es el opio y sus derivados. Invade materialmente el mundo con drogas, y de este modo consigue dos objetivos para sus sueños de dominación; hacerse con cantidades ingentes de divisas fuertes, y sembrar el vicio y la degeneración en la juventud occidental. Todo el mundo sabe que un país vicioso, degenerado y embrutecido es un país débil. Ahí está otro de los objetivos de Mao.

—De modo que supones que ese cargamento viene de China...

—No necesariamente. Por lo menos, no necesita venir de allí directamente. Cuba es un magnífico trampolín para esta clase de operaciones.

Peter Brett exclamó:

—Ahora es cuando estamos llegando a algo positivo. Farrell mantuvo contactos con agentes cubanos y chinos, aunque se supuso que era para proporcionarles informes sobre los embarques destinados a los patriotas cubanos.

—Eso es. Enfocándolo desde este punto de vista, todo parece encajar perfectamente.

Carella emitió una especie de gruñido de protesta.

—Es mejor que te prepares, Johnny —dijo—. Ese fulano no debe desconfiar. Llevarás el dinero en una maleta. Debes tener cuidado de que no pueda examinarlo con tranquilidad. No sabemos si es un experto. Sólo con que lo vea tiene suficiente. Exígele que apresure los trámites. Dile que tenemos dificultades y que necesitamos la droga cuanto antes para satisfacer a nuestros distribuidores... suéltale cualquier excusa, pero que se de prisa.

Johnny entró en una habitación y cuando volvió a aparecer lo hizo cargado con un maletín de regular tamaño.

—Si todo eso fuera dinero bueno, Frankie, creo que esta noche desertaría del grupo. Imagino que encontraría infinidad de mujeres encantadoras en Río de Janeiro o en cualquier otra parte dispuestas a ayudarme a gastarlo...

Se fue riéndose como un chiquillo, íntimamente divertido ante los acontecimientos que se avecinaban.

Carella tomó asiento en el extremo de un diván y recostándose contra el respaldo comentó:

—No puedo quitarme de la cabeza a Farrell y su generosidad. Y no creeré jamás que todo eso lo hiciera llevado de su bondad para con la anciana... Todos sabemos que era un perfecto hijo de perra...

Lin Burke, cesando de pasearse de un lado a otro, masculló:

—¿No estaría preparándose una coartada?

—¿Una coartada? —rezongó Frank—. ¿Para qué, y de qué clase?

—No lo sé. Pero tal vez empezaba a preparar una especie de pantalla para algo que se proponía realizar después de esta operación. Recuerda que esa mujer te dijo que Farrell pensaba retirarse... Quizá, y es solo otra suposición, estaba sentando las bases para demostrar más adelante que era un hombre de buen corazón, caritativo y demás...

—Demasiado complicado. Farrell era un hombre de acción, actuaba muchas veces por impulsos incontrolables. No creo que fueran esos los motivos que le guiaran... En todo caso, si tomó bajo su protección a la señora Milligan, lo hizo por algún motivo más inmediato y positivo. Esperaba obtener dividendos de esa caridad...

—¿Qué clase de beneficios podía esperar de una anciana sin recursos? —Brett sacudió la cabeza antes de añadir—. En este caso no cabe suponer que Farrell esperase heredar de la madre de su amigo, puesto que no tiene

un centavo.

Carella, fumando en silencio, meditaba sobre las posibilidades que esos comentarios le sujetarían. Poco a poco, casi inconscientemente, empezó a llegar a una conclusión.

Al fin, levantándose, dijo:

—Voy a salir. No creo que tarde mucho. De todas formas, esperad aquí hasta que venga Johnny o hasta que yo llame.

—Bueno, pero...

No esperó las preguntas de sus compañeros. Antes que estos pudieran formularse las, había desaparecido como impulsado por una súbita excitación.

* * *

Johnny Rugolo consultó una vez más su reloj de pulsera. Había pasado ya la hora señalada por el hombre del teléfono. Dio un vistazo al maletín que estaba sobre el asiento, a su lado. Sintió tentaciones de echarse a reír al pensar que todo aquel dinero era falso. Pensó que sería una gran jugada pagarlo a aquellos granujas y dejarlos que se marchasen con él. Cuando se dispusieran a emplearlo se encontrarían con una sorpresa harto desagradable...

—¿Francino?

Dio un respingo. Una sombra acababa de materializarse al lado del coche, en la ventanilla.

—Sí —dijo.

—¿Lo ha traído?

—Seguro. Pero por si tiene usted ideas raras al respecto, le diré que tiene un revólver apuntándole. Cuando yo me vaya ese dinero se vendrá conmigo.

—Tranquilícese —repuso el otro con calma—. Siempre juego limpio en mis tratos. Farrell lo sabía bien.

—Perfecto, pero yo no soy Farrell.

—¿Dónde lo tiene?

—En esa maleta...

—Ábrala y encienda alguna luz.

Johnny levantó la tapa del maletín. Después conectó la luz del *tablier*. Los fajos de billetes quedaron a la vista. Reconoció que formaban un espectáculo muy agradable.

El desconocido, que se mantenía de manera que su rostro quedase en sombra, ordenó:

—Levante algunos fajos de encima.

—¿Qué cree, que hay papel de periódicos debajo?

—¡Levántelos!

Hizo lo que le ordenaba y mostró los racimos de billetes que había en el fondo del maletín. Escuchó un suspiro de satisfacción proferido por el otro.

—Está bien, puede cerrarlo. Parece conforme.

—¡Claro que está conforme! ¿O quiere entretenerse contándolos ahora?

—No hace falta.

—Entonces, vayamos al grano. Han surgido dificultades entre la organización y nuestros distribuidores. Necesitamos la mercancía cuanto antes...

—Ya le he dicho que en un par de días...

—Tiene que ser antes, amigo.

—Imposible. El barco está fuera de las aguas jurisdiccionales. Hay que ir a por el cargamento, y hacerlo de noche. Eso lleva tiempo.

—Al demonio con el tiempo. Para eso no necesita dos días. Puede hacerlo mañana noche.

El desconocido ahogó una maldición. Inclinandose un poco ordenó:

—Apague esa luz.

Johnny la cerró. Entonces, el enlace se apoyó en la ventanilla.

—Haré lo que pueda —dijo—. Le daré las últimas instrucciones mañana al anochecer. Pero tanto si la entrega se realiza mañana noche, como pasado mañana, el procedimiento será él mismo. Yo y mis socios dejaremos el cargamento en un lugar seguro de la costa, que se le indicará cuando llegue el momento. Allí, usted deberá tener una camioneta comercial a punto para llevárselo. Nuestra responsabilidad terminará al dejar la mercancía en tierra.

—¿No es un procedimiento muy arriesgado?

—En absoluto. Y ahora, dígame, amigo, ¿quién infiernos es usted?

Johnny se enderezó de golpe. El revólver que, efectivamente, empuñaba con la mano izquierda, se elevó unas pulgadas quedando fijo en la oscura silueta.

—Vaya pregunta estúpida —rezongó—. Vincent Francino, por supuesto.

—Francino está más tieso que un pescado. Yo mismo lo he visto.

—¿Qué?

Hubo una corta carcajada en la oscuridad.

—Quise hacer mis averiguaciones antes de confiarme, compadre —explicó el desconocido—; de modo que me fui al apartamento de Francino. Iba dispuesto a hablar personalmente con él. No me respondió. Forcé la entrada y allí estaba el pobre, con un par de agujeros en el cuerpo y más frío que un helado de fresa. ¿Lo mató usted?

¿Yo? —Johnny intentaba pensar una explicación plausible—. ¿Por qué tenía que matarlo?

—Por esos siete milloncitos que tiene ahí. Entiéndame, no me importa

si se lo cargó o no. El negocio seguirá adelante mientras sea usted quien tiene la *pasta*.

Es lo único que me interesa. Pero, ¿lo liquidó usted, sí o no?

—Está bien, planteadas las cosas en estos términos, sí. Vi la posibilidad de hacer el negocio más grande de mi vida y la aproveché.

—¿Quiénes están con usted?

—Dos de los socios de Francino. Ellos también empezaban a cansarse de él.

—Ya veo... Bien, le telefonearé mañana a las siete de la tarde. Usted procúrese una camioneta discreta.

Apartándose del coche, la sombra se alejó por la acera, desvaneciéndose en la noche como un fantasma.

Johnny dejó escapar un suspiro de alivio. Puso el coche en marcha y emprendió el camino de regreso, no sin asegurarse de que nadie le seguía. Las cosas empezaban a marchar viento en popa...

CAPITULO VIII

LA PANDILLA SE REDUCE

La radio dejaba oír una sucesión de melodías dulzonas. Las últimas horas de la tarde se deslizaban en una creciente tensión.

Carella llegó, cargado con la maleta que contenía el dinero. Los otros le miraron, intrigados. Johnny gruñó:

—¿Qué demonios estás haciendo paseando esa papelera por la ciudad, Frank?

—Cebando la ratonera —dijo Carella, dejando la maleta en un rincón—. ¿Todavía no ha llamado?

—No, faltan unos minutos para las siete. ¿Qué vamos a hacer cuando estemos en el lugar que indique ese tipo?

—Nada.

—¿Cómo? —exclamó Peter Brett.

—Nos limitaremos a cargar la droga en la camioneta y a pagar en dinero. Después nos largaremos.

—Pero... ¿y el enlace, y sus compinches que sin duda tripularán las lanchas?

—Les dejaremos que se larguen después de realizado el negocio.

Lin Burke masculló:

—No me gusta eso, Frank; debemos echarles el guante a esos bastardos. Será una gran cosa cuando declaren ante un tribunal...

—No haremos nada de eso. Conviene que todo se realice tal como ellos tienen planeado.

—Pero, ¿por qué?

—Es algo que nos beneficiará a la larga. Quien intente utilizar esos dólares falsos se delatará a sí mismo.

—Ya veo... Imaginas que si los chinos no son expertos en moneda extranjera, ingresarán esos siete millones en sus depósitos, y que cuando llegue el momento de pagar cualquiera de sus compras internacionales esos dólares harán que la confianza en ellos se derrumbe. ¿Es eso?

—Exactamente.

—No es mala idea...

De pronto, la música de la radio se interrumpió. La voz del locutor pidió atención y acto seguido desgranó unas noticias que hicieron dar un

salto a los que escuchaban.

Primero dijo que la policía había recibido una llamada avisándoles de que en cierto domicilio se había cometido un crimen. Personados en dicho domicilio, se encontraron con el cadáver de un hombre llamado Milo Magano, notorio “*gángster*”. Decididos a interrogar a los socios de éste, conocidos todos ellos de las autoridades, fueron en busca de Lintock. En la casa de éste se llevaron otra desagradable sorpresa. Lintock también había sido asesinado.

Luego notificó a los oyentes que las autoridades estaban intentando localizar a los otros amigos de Lintock y Magano: Vincent Francino, que al parecer estaba ausente de la ciudad, y Willet, otro eslabón de la cadena del hampa...

Tan pronto la voz cesó, Carella dijo entre dientes:

—Cuando descubran que Francino también fue liquidado van a comenzar a preguntarse si se ha desatado un terremoto en la ciudad.

—¿Te das cuenta de que ya solo queda Willet? Este también debe haberse cansado de sus socios.

—Eso mismo opinará la policía. No va a pasarlo muy bien que digamos.

La música volvió a adueñarse del ambiente. Los hombres callaron, cada uno ensimismado en sus propias ideas. Apenas si habían cambiado unas palabras cuando el teléfono repiqueteó, como llamando a Johnny a seguir con su representación.

—Hable —gruñó.

—¿Todavía tiene el maletín en su poder?

—Claro. ¿A qué viene esa pregunta?

—A que por lo visto entre usted y Willet han decidido quedarse con todo... No me extrañaría que hubiesen cambiado de idea respecto a seguir adelante con el negocio.

—¡Claro que vamos a seguir adelante! ¿Cuáles son las instrucciones?

—La entrega se hará en el extremo oriental de Long Island, concretamente en Montauk Point. Hay una carretera que llega hasta la misma playa. Es un paraje ideal porque no hay viviendas cerca. Deberán estar aguardando con la camioneta a las doce de esta noche. La situarán al final de la carretera, junto a la arena. Lo demás corre de mi cuenta.

—Está bien, a las doce.

—¿Lleva algún rótulo la camioneta?

—Sí, el de una floristería.

—Bien, sea puntual. Y traiga consigo el maletín con su contenido.

—Conforme.

—Oiga... ¿se propone liquidar también a Willet?

Antes que pudiera responder, el desconocido se echó a reír y casi al instante la comunicación quedó cortada.

Carella gruñó:

—Un tipo muy seguro de sí mismo...

—Déjamelos por mí cuenta unos minutos, cuando nos encontremos en la playa, y verás cómo pierde la seguridad —resopló Peter Brete, quien todavía no había asimilado la orden de dejar marchar en paz a semejante pandilla.

Carella sacudió la cabeza de un lado a otro, sonriendo.

—Por esta vez, Peter, les dejaremos que crean que se han salido con la suya.

* * *

Un cielo oscuro y sin estrellas se extendía por encima de sus cabezas, confundiéndose con el mar, cuyas olas chapoteaban a sus pies. No se distinguía ni rastro de ninguna lancha motora. No había señales de que el enlace fuera a aparecer de un momento a otro. El reloj señalaba las doce y quince minutos de la noche.

Johnny, nervioso, consultó una vez más su reloj.

—Ese tipo se ha vuelto atrás —gruñó—. O quizá ha sospechado la trampa.

Carella se encogió de hombros.

—No lo creo —opinó—. Vendrá.

Volviendo la cabeza echó un vistazo a la oscura forma de la camioneta que aguardaba el borde de la arena. Escrutó los alrededores del vehículo para comprobar que Peter y Lin Burke estaban perfectamente escondidos. No deberían aparecer a menos que las cosas se pusieran mal para ellos dos.

Tras otro largo silencio, Johnny habló de nuevo.

—No cabe duda que el paraje es ideal para esta clase de maniobras. No creo que pase un alma por aquí.

Las dunas salpicadas de rocas eran una oscura sucesión de sombras ondulantes hundiéndose en la noche. El silencio era completo, exceptuando el chapoteo del mar.

Quizá fue debido a ese intenso silencio que percibieron el lejano latido de un motor. Ambos tensaron los músculos, agudizando sus sentidos.

—Ahí vienen —murmuró Frank.

—Voy a buscar la maleta...

Corrió hacia la camioneta, sacó la valija y regresó al lado de Carella. Este señaló el mar.

—Mira —musitó.

Una sombra rodeada de espuma se acercaba rauda en línea recta. Su motor producía una suerte de vibración apagada, sin ruidos de escape.

—Es más grande de lo que imaginaba... No podrán acercarla a la arena. Johnny emitió un gruñido.

—Me disgustaría tener que meterme en el agua para recoger el cargamento —refunfuñó.

De pronto, el motor cesó de latir y la gran lancha motora se deslizó como un fantasma por encima de las quietas aguas. Carella se asombró de que pudiera acercarse tanto sin encallar en la arena. Luego, al ver que se detenía a pocas yardas de distancia, comprendió que era una embarcación de fondo plano, semejante a las lanchas de desembarco de la marina.

Varias sombras se movían en cubierta. Una de ellas saltó ágilmente al agua, hundiéndose hasta la cintura, y anduvo con dificultad hacia los dos hombres que aguardaban.

Johnny dijo con voz contenida:

—Han tardado mucho.

—Sigue usted tan impaciente como siempre —replicó el otro—. En estos negocios el tiempo no cuenta...

Rugolo reconoció la voz del enlace con el que había sostenido los tratos. Cuando estuvo junto a ellos consiguió vislumbrar su rostro en la oscuridad. Era un hombre de cara delgada y nariz afilada. Sus ojos eran oscuros y relucían como los de un gato.

—¿Están dispuestos a cargar?

—Naturalmente. ¿Quién saca los fardos de la lancha?

—Mis hombres. Ustedes tendrán que llevarlos de aquí a la camioneta. No van a cansarse mucho —añadió con sorna—. A pesar de su precio, no es un cargamento muy voluminoso. Deje que vea el dinero.

Johnny abrió la maleta, dejándola en el suelo. El hombre se inclinó. Tomó algunos fajos de billetes para comprobar que debajo de los primeros seguían habiendo otros. Emitió un corto gruñido de satisfacción.

—No voy a contarle —dijo, burlón—. Presumo que no se atreverían a estafarnos. ¿Quién es su compañero? ¿Willet?

—No.

—¿Por qué no habla él?

—No tiene nada que decir. Soy yo quien maneja este asunto.

El enlace dirigió una mirada a Carella, contrariado porque éste mantenía la cara en sombra gracias al ala del sombrero. Luego, cerró el maletín y se irguió con él en la mano. Súbitamente, emitió un tenue silbido, corto y seco. Instintivamente, Johnny sacó el revólver y lo balanceó ante el desconocido.

—No tenga demasiada prisa en largarse, compañero —masculló—. Yo también quiero comprobar la mercancía antes de dejarle marchar con la *pasta*.

—Tranquilícese...

Vieron a otro hombre saltar al mar, y con agua hasta la cintura recibir un gran bulto, que cargó sobre las espaldas, chapoteando en el mar dificultosamente. Instantes después, el bulto quedaba sobre la arena.

Sin decir palabra, el tipo regresó a la embarcación, que se mecía suavemente, y repitió la maniobra, así hasta que tres bultos estuvieron esperando en la playa. Tras el último viaje, el cargador volvió a la lancha sin haber pronunciado una palabra.

Entonces, el enlace dijo:

—Abra cualquiera de ellos y examínelo. Aquí termina mi parte. Dese prisa.

Johnny sacó un cuchillo y desgarró la áspera tela que envolvía uno de los bultos. Dentro, aparecieron unas fuertes cajas de cartón. Sacó una, abriéndola. La acercó a Carella.

—¿Qué te parece?

Carella examinó el contenido de la caja. Era un saquito de plástico. Lo reventó. Era opio, sin la menor duda.

—¿Dónde está la heroína? —preguntó.

—Uno de los bultos contiene heroína —explicó el enlace—. Los otros dos solo opio. Ese fue el trato.

—¿Cuál?

—No lo sé. Los tres son iguales... Dense prisa.

El motor de la lancha volvía a emitir su rítmico latido, como el de un gigantesco corazón cobrando vida.

Hallaron la heroína en el segundo bulto que abrieron. Carella dijo:

—Conforme. ¿Cuándo volverá a ponerse en contacto con nosotros?

—Tan pronto hayamos preparado otro embarque. Creo que vamos a realizar buenos negocios ustedes y yo. Me gusta la gente que habla poco y paga al contado. Buena suerte.

Entrando en el agua, regresó a la embarcación. Inmediatamente, ésta se puso en marcha alejándose a toda velocidad mar adentro.

—Bueno —suspirió Rugolo—. He tenido que realizar un gran esfuerzo para dejarlos marchar...

Tras ellos oyeron los pasos de Peter y Lin acercándose. También ellos estaban enfurruñados por haber tenido que dejar en libertad a los canallescos traficantes.

—Vamos, larguémonos de aquí —dispuso Carella.

Trasladaron los bultos a la camioneta. Minutos después rodaban hacia la ciudad con un cargamento que, bien manejado, hubiera podido producir de veinte a treinta millones de dólares. Y centenares de miles de desgraciados drogados se hubieran embrutecido más y más hasta quedar convertidos en piltrafas humanas, locos, sádicos y asesinos. Esa era la cosecha de los traficantes de muerte...

Satisfecho a pesar de todo, Johnny, que conducía, conectó la radio y la pequeña camioneta se llenó de música. Dijo, burlón:

—Acabamos de ganarnos el pan de cada día, ¿eh? Estoy tentado de decirle al *viejo* que nos aumente el sueldo después de esto.

—Tienes motivos para pedirselo —rezongó Carella en el mismo tono—. A estas horas todavía no debe haber terminado de contar billetes.

—¿Billetes, qué billetes? —resopló Brett.

—Los siete millones.

—¿Te has vuelto loco? Ese montón de papel falso acaba de llevárselo nuestro amigo desconocido...

—Seguro. Pero los siete millones auténticos de Farrell están en manos del *viejo* desde anoche.

La noticia cayó como una bomba dentro del vehículo. Ninguno atinó a replicar. Carella empezó a reír suavemente.

En aquel instante, y como sucediera en otra ocasión la música de la radio cesó para dar cuenta de las últimas noticias.

Entre ellas, el locutor anunció que habían sido encontrados los cadáveres de Vincent Francino y Simeon Willet... muertos de sendos balazos.

CAPITULO IX

LOS MUERTOS QUE NO SON TALES...

Lin Burke exclamó:

—¿Qué demonios significa esto? Hasta ahora, creíamos que era Willet quien había decidido acabar con sus socios...

Johnny rezongó:

—Eso no me preocupa ahora. ¿Qué has querido decir con eso de los millones de Farrell, Frankie?

Carella dijo:

—Exactamente lo que he dicho. El dinero está en poder del secretario de Justicia.

—Pero... ¿Cómo diablos pudiste conseguirlo?

—Fue una especie de corazonada, mientras le dábamos vueltas a la generosidad de Farrell. Llegamos a la conclusión de que un bastardo como él jamás hubiera hecho nada por una anciana solo por buen corazón. Bueno, traté de adivinar por qué lo había hecho, por qué había pagado el alquiler del apartamento de la señora Milligan por diez años... de modo que me puse al habla con el administrador de la casa. Me dijo que era cierto que el alquiler estaba pagado. Pero que Farrell había impuesto una cláusula especial para ello... Si la señora Milligan muere antes de transcurrir ese tiempo, él sería el propietario del apartamento hasta cumplirse el plazo de diez años. Y en caso de morir él, debería permanecer cerrado igualmente hasta tanto no hubiera terminado el tiempo de alquiler.

—Absurdo.

—Al administrador no se lo pareció. En absoluto. Todo lo que a él le interesó fue embolsarse el alquiler de una sola vez.

—Bueno, ¿pero qué tiene que ver con los siete millones? —quiso saber Johnny.

—Ahí es donde mi corazonada dio en el blanco. Se me ocurrió que ese capital debía estar escondido en un lugar que ni remotamente pudiera ser sospechoso, ni para la policía, ni para los socios de Farrell. ¿Y qué mejor lugar que el apartamento anónimo de una viejecita que no sabía una palabra? Por eso la ayudó.

—¡Por todos los diablos del infierno! —estalló Brett—. Se valió de ella

para guardar allí el dinero.

—Justamente. La pobre mujer mantiene la habitación de su hijo tal como estaba en vida de éste. No ha tocado nada. Su propósito es conservarla siempre igual, como si su hijo todavía viviese... Bien, Farrell ocultó un maletín con el dinero en el fondo del armario, entre múltiples objetos del difunto Milligan. Allí fue donde lo encontré.

Johnny guardó silencio mientras atravesaban el puente. Después, al entrar en Manhattan, gruñó:

—¿Le dijiste a ella todo esto?

—¿A la señora Milligan? Por supuesto que no. Consideré una crueldad barrer de un soplo la imagen que guarda de Farrell. No le quedan muchas cosas agradables que recordar a sus años.

—Ya veo... Pero eso no aclara qué hiciste con la maleta de los billetes falsos. La paseaste durante toda la tarde...

—Sustituí los verdaderos por los falsos, de modo que en el armario de Milligan quedaron siete millones igualmente... solo que no sirven para nada. Luego, hube de entrevistarme con el *Viejo* para que me diera otra provisión de dólares falsos a cambio de los buenos.

—¡Madre mía! —exclamó Brett—. Apuesto que el viejo zorro no discutió el cambiazo, ¿eh, Frankie?

—Pero... ¿Por qué lo hiciste? —quiso saber Lin Burke—. ¿Crees acaso que la anciana sabía que había ese dinero allí?

—No lo creo, aunque tampoco estoy seguro de eso. Dejé los billetes de forma que si son movidos pueda darme cuenta cuando vuelva a verlos. De todas formas, hice el cambio cuando ella estaba fuera de la casa.

—¿Y cuándo piensas averiguar si los ha movido?

—Mañana.

—¿Y si es así?

—Quedaré tranquilo al saber a qué atenerme respecto a ella. Me remuerde un poco la conciencia al haber tenido que engañarla.

—Entiendo.

Johnny acercó el coche a la puerta del garaje privado que habían alquilado para esta ocasión. Antes de moverse, preguntó:

—¿Y qué vas a hacer ahora con Peggy? Ya ha pasado el peligro para ella.

Carella apretó las mandíbulas.

—Iré a verla... Ya es hora de que emprenda el vuelo por su cuenta. Ojalá siga otro rumbo distinto del que ha llevado hasta ahora.

—Ella dijo que cambiaría de conducta... Me da pena, esa chica...

—Siempre has sido un sentimental, Johnny —rezongó Frank.

—¿Y tú no?

Los dos se miraron largamente. Luego, Carella apartó los ojos de los escrutadores de Rugolo, abrió la portezuela y se apeó seguido de los

demás. El cargamento había llegado a lugar seguro.

* * *

Habían detenido el coche a cierta distancia del edificio. Carella fumaba en silencio, mientras Johnny simulaba leer un periódico, pero sin que ninguno de los dos perdiera de vista el portal que les interesaba.

Rugolo masculló:

—Sigo opinando que es una tontería, Frank. Tanto si la vieja sabe o no la existencia de ese dinero, las cosas seguirán igual que hasta ahora, ¿no es cierto? No pensarás que...

—Calla.

Rugolo volvió la cabeza a tiempo de ver aparecer a una anciana, que se alejó por la acera con una cesta de compra vacía colgando de su brazo.

—¿Es ella? —indagó.

—Sí. Espérame aquí. No tardaré más de unos minutos.

Carella entró en la casa. No le costó ningún esfuerzo violentar la puerta, tal como hiciera en su anterior visita. Se introdujo al interior, dirigiéndose directamente a la habitación que había pertenecido a Patrick Milligan. Recordaba perfectamente el lugar, de modo que abrió la puerta del dormitorio, dio dos pasos dentro y se detuvo en seco al ver al hombre que le apuntaba con una gran pistola automática.

Quedó inmóvil, petrificado, sintiendo como una corriente eléctrica recorrerle todos los músculos y nervios de su cuerpo. Fue como si una oleada de hielo le rodease por completo.

El hombre de la pistola gruñó:

—Jamás pensé que tendría el placer de ajustarle las cuentas, bastardo...

—Farrell —balbuceó Carella, estupefacto.

—Yo mismo... ¿no se llama usted Carella? No recuerdo bien los nombres de ustedes... les confundo, a pesar de que he pensado mucho estos días. Sé que siempre va armado, de modo que saque su pistola con cuidado y déjela caer al suelo.

Cazado de sorpresa, Carella no pudo hacer otra cosa más que obedecer. Su potente “Magnum” rebotó sobre las baldosas.

—Ajá, así me gusta... Ahora creo que ya puede imaginar lo que voy a hacer con usted...

—Supongo que pretende matarme, pero creo que no se atreverá a hacerlo aquí. Sería muy comprometido... Además, metería a la pobre anciana en un lío terrible.

—Oh, al demonio la vieja. No creo que tenga tiempo de preocuparse por un cadáver más o menos.

Carellase estremeció. Cerró los puños y sintió tremendas ansias de

salta sobre semejante criminal.

—¿Quiere decir que va a matarla también a ella?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Tan pronto vuelva de la compra... Será hacerle un gran favor, ¿eh? Solo sufre... —soltó una carcajada. Luego añadió con escalofriante cinismo—. Por otra parte, no me conviene dejar detrás de mí nadie que pueda declarar que sigo vivo y coleando... después de mi suicidio.

—Debió utilizar un procedimiento condenadamente ingenioso para engañar a uno de mis hombres...

—Engañé hasta al palurdo polizonte mejicano... Fue una buena jugarreta...

Deseando ganar tiempo en espera de una oportunidad, Frank preguntó:

—¿Cómo lo hizo?

—Con un tiro en la sien, por supuesto.

Se llevó los dedos a la sien derecha... Entonces, Carena distinguió una leve huella en la piel, como la que queda tiempo después de una quemadura. Empezó a comprender, aunque siguió con su papel.

—No comprendo cómo pudo conseguirlo...

—Me disparé un tiro, realmente. Solo que primero quité la bala del cartucho. Así y todo, recibí un trazo terrible. Mi amigo mejicano hizo el resto... y mi sien quedó exactamente como si estuviera agujereada. Incluso sangró lo suficiente. Después solo tuve que permanecer inmóvil, dejando que todo el mundo mirara “mi cadáver”. Los mejicanos, por un puñado de dólares, son capaces de hacerlo todo. Me ayudaron mucho.

—¿Y el hielo?

—Eso fue una maldita idea del polizonte. No pillé una pulmonía de milagro... pero creyó que era la mejor manera de conservar el cadáver el tiempo suficiente de hacer los trámites legales. Después, se largó muy contento con el puñado de billetes que encontró en mi cartera.

—Ya veo...

—Lo malo para usted, es que lo ha visto demasiado tarde... No tendrá nadie que se ocupe de simular su muerte... Será muy real, con las tripas ardiendo llenas de plomo...

—¡Un momento, Farrell! Todavía he de decirle algo... pero antes dígame usted por qué cree que los mejicanos que le ayudaron no hablarán si alguien les pregunta.

De nuevo, Farrell rio de aquella manera desagradable que le caracterizaba.

—Los muertos no hablan, Carella.

—Comprendo. Disfruta usted vertiendo sangre, ¿no es cierto?

—Bueno, no es nada que me preocupe por las noches, ¿sabe usted? Y ahora, si tiene algo que decir, apresúrese. O rece si sabe.

—No tengo por qué hacerlo, Farrell. Usted no podrá matarme.

—¡Vaya con lo que sale ahora!

—No podrá hacerlo, porque si acaba conmigo jamás encontrará su fortuna. Yo tengo sus siete millones. ¿Qué le parece eso? Ahora ríase si puede.

—¡Claro que puedo reírme de usted! ¿Cree que soy idiota? He visto el dinero con mis propios ojos cuando he llegado, esta madrugada. Está intacto.

—Ahí es donde se equivoca, hijo de perra. El dinero que usted ha visto es falso.

—¿Qué? Patrañas, solo quiere ganar tiempo...

—Compruébelo. Usted conoce lo bastante bien el dinero falso para darse cuenta.

Farrell titubeó. Luego, sin dejar de amenazar a Carella, retrocedió hacia el armario. Siempre sin perder de vista a su enemigo, se inclinó tanteando hasta encontrar la maleta. Entonces la abrió y sacó uno de los fajos.

Carella dijo:

—Si su memoria es buena, recordará que la mayoría de los billetes auténticos eran de cien... Muy bien, ahí tiene su mayoría de mil. Se ha completado el volumen con más fajos de cincuenta. Mírelos.

Farrell, con el fajo en la mano, retrocedió lo más lejos posible de su enemigo. Entonces dio un rápido vistazo a los billetes. Algo debió ver en ellos, porque una palidez mortal inundó su rostro y arrojó el paquete a un lado.

—¡Usted, puerco! —rugió—. ¿Qué ha hecho del dinero?

—Eso es mi salvoconducto.

—¡Maldita sea! Le mataré aunque pierda mi fortuna... le mataré como a un perro rabioso... ¿Por qué ha vuelto esta mañana, si ya tenía el dinero?

—Me olvidé de borrar mis huellas del maletín. A eso he venido.

—Pues ha sido muy oportuno. Voy a contar hasta tres. Si a la tercera no me ha dicho dónde guarda mi dinero dispararé sin dudarlo un segundo... Uno...

Carella reflexionó rápidamente. Solo le quedaba una esperanza y decidió probar suerte.

—¡Dos!

Aspiró aire con fuerza.

—Está bien, Farrell, usted gana... Si ha matado a sus antiguos socios, no creo que dudase en matarme a mí...

—Ellos también buscaban ese dinero... ¿Dónde lo tiene?

—En el portaequipajes de mi coche, en la calle. Me disponía a emprender un largo viaje cuando he recordado ese detalle de las huellas.

—¿Y qué coche es el suyo?

—Deberá llevarme con usted si quiere encontrarlo.

—¡Maldito, voy a...!

—Sólo le queda despanzurrar todos los autos aparcados en la calle, a menos que me lleve con usted. Lo único que quiero es salvar mi pellejo.

Solo lo dudó unos instantes. Luego, adoptó una determinación:

—Vamos abajo. Pero tenga por seguro que le mataré si es una jugarrera.

Descendieron las escaleras uno detrás de otro. Farrell había ocultado la pistola dentro del bolsillo de la americana, pero seguía apuntando a la espalda de Carella durante el trayecto.

La calle, cada vez más concurrida, hizo fruncir el ceño a Carella. Lanzó un vistazo a su coche y vio a Johnny Rugolo apoyado en la ventanilla, fumando tranquilamente.

—Sígame —dijo.

Echó a andar por la acera con la intención de pasar junto a su coche para que Rugolo descubriera al criminal. Farrell gruñó a sus espaldas:

—Recuérdelo, le mataré a la menor tentativa de escape. ¿Cuál es su coche?

—Aquel...

—¿Cuál?

Johnny Rugolo levantó la cabeza al oír sus voces. Por un instante, pareció que sus ojos iban a saltarle de las órbitas al reconocer a Farrell. Luego, todos los nervios entraron en acción para controlar sus ciegos instintos. Comprendió que Carella estaba en inminente peligro y decidió obrar con cautela.

Esperó hasta que la pareja hubo pasado junto al auto. Entonces sacó el revólver y se apeó, plantándose en medio de la acera.

—¡Farrell! —gritó.

El pistolero giró como una peonza. Instantáneamente, su automática bramó a través de la tela del bolsillo. Rugolo se dejó caer de rodillas y disparó a su vez, al tiempo que gritaba:

—¡Veremos si resucitas otra vez...!

Insensiblemente, como un autómatas, tiró del disparador una y otra vez. Vio cómo Carella se lanzaba de cabeza al suelo para escapar a los proyectiles. Pero podía haberse ahorrado el esfuerzo. Rugolo era un tirador imbatible, y bala tras bala de las que disparó fueron a hundirse en la carne del criminal.

Farrell saltó en el aire, cayó y se retorció al recibir nuevos impactos, aullando de dolor, manoteando como un loco. La última bala le cazó cuando rebotaba contra la acera.

La gente, que se había lanzado en todas direcciones, presa del pánico, fue asomándose de nuevo al cesar los disparos. En el denso silencio que siguió al fragor de la pólvora resonó un silbato a lo lejos.

Carella corrió hacia su compañero.

—¿Estás herido, Johnny?

—No creo... ¿De veras era Farrell?

—Sin duda alguna.

La gente salió de todas partes, precipitándose al lugar de la batalla, organizando una confusión tremenda, que ambos aprovecharon para escabullirse.

—Yo tengo que volver al apartamento. He de llevarme el dinero y mi automática, que ha quedado arriba —Carella estaba frenético para evitar la publicidad sobre ellos—. Toma el auto y lárgate de aquí, Johnny. Aporrea a quién trate de impedírtelo.

—¿Y tú?

—Nos reuniremos en el apartamento.

Rugolo saltó del coche. Desde allí todavía gritó:

—¡Acuérdate de Peggy!

Algunos de los mirones empezaban a desentenderse del cadáver para dirigir su atención a Rugolo, pero éste lanzó su coche como un bólido calle abajo, casi subiéndose a la acera para eludir los coches que estaban deteniéndose. Cuando el policía de patrulla consiguió llegar al grupo ya el coche había desaparecido.

También Carella pudo escabullirse sin llamar la atención. Antes de alejarse, todavía vio a la anciana señora Milligan que formulaba preguntas a los curiosos que le impedían ver el cadáver...

Al fin, con el maletín en la mano, dio vuelta a la manzana, tomó un taxi y se hizo conducir donde sabía que estaban los coches de sus compañeros.

No quiso subir para enfrentarse con ellos en aquellos momentos, de modo que tomó el auto de Peter Brett y emprendió el camino de los bosques. Peggy podía considerarse libre... Libre para vivir, para rehabilitarse o hundirse otra vez... libre para amar...

Pensó que ella amaría pronto a otro hombre. Todo el mundo tiene derecho a amar y ella era una mujer muy hermosa.

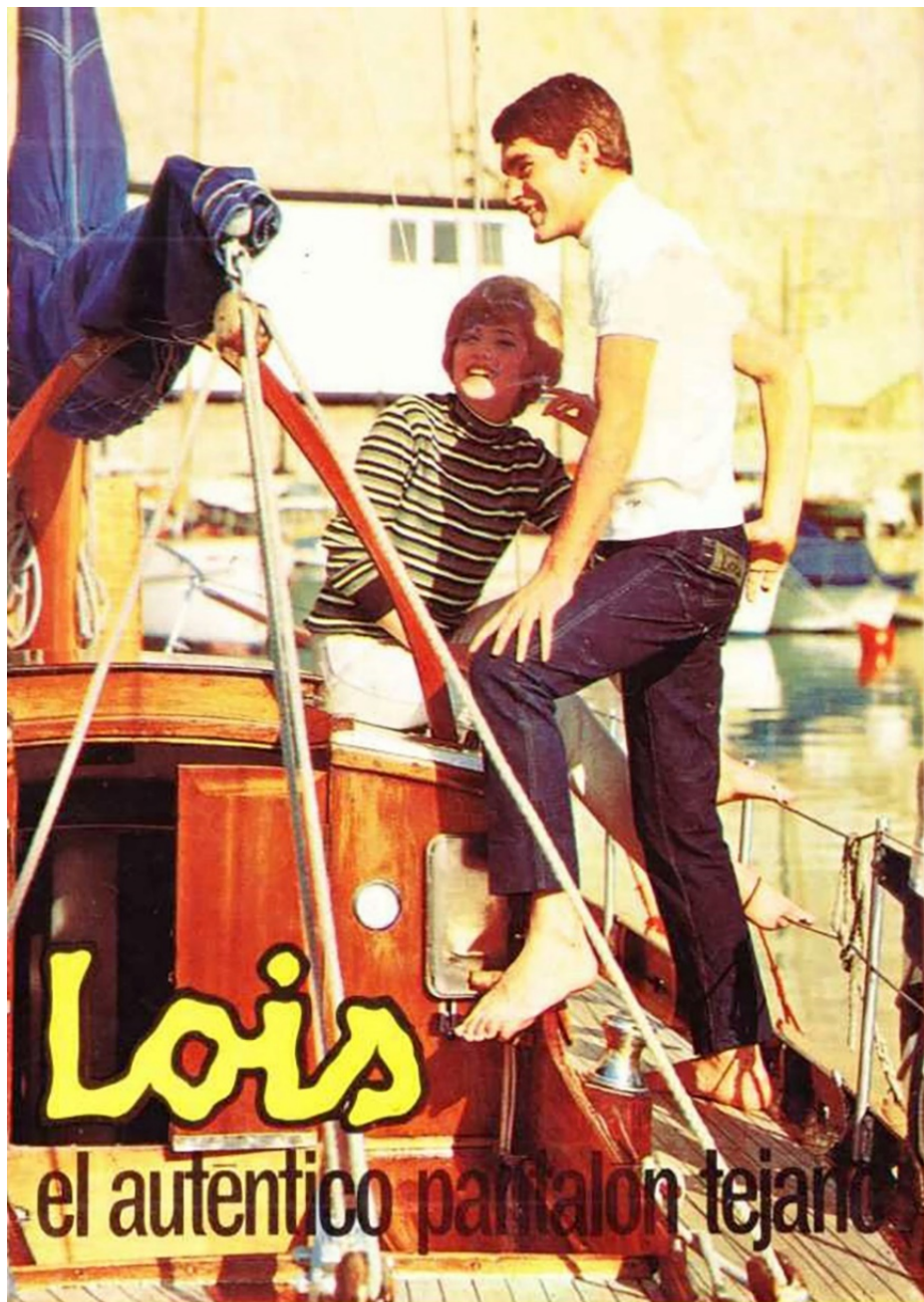
Pero también él era un hombre y se había negado a sí mismo ese derecho que reconocía en todos los demás...

Quizá fuera hora de empezar a cambiar de modo de pensar... un hombre no puede vivir eternamente solo...

Sí, quizá habría que hacer algunos cambios en su vida...

Tal vez se lo preguntase a Peggy, en la soledad de la casa en los bosques...

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.